

Transcaucasia Exprés es la historia de un viaje en pos del histórico partido de fútbol entre Armenia y Turquía que se disputó en Ereván el 6 de septiembre de 2008. Un encuentro que, con el trasfondo de la guerra que enfrentó a Georgia y Rusia en agosto de ese mismo año, cambió las relaciones de dos países enfrentados. Este libro es una mezcla de relato de viajes y reportaje periodístico que pretende acercar al lector a la vida y las intrigas de una región tan importante estratégicamente como es el Cáucaso.

Transcaucasia Exprés Andrés Mourenza

Transcaucasia Exprés

Andrés Mourenza

TRANSCAUCASIA EXPRÉS



Licenciado en Periodismo por la Universitat Autònoma de Barcelona y Experto Profesional en Cultura y Religión Islámicas por la UNED, **Andrés Mourenza** (A Coruña, 1984) es un periodista afincado en Estambul desde 2005, donde colabora para distintos medios de habla hispana. Usando Turquía como base, ha viajado a Grecia, Chipre, Armenia y Georgia, desde donde ha informado sobre la situación social y política de estos países.

www.noticiasdesdeturquia.blogspot.com

Transcaucasia Exprés

Andrés Mourenza



*A la memoria de mi abuelo
Antonio Mourenza (1926-2008)*

Publicado por Libros Libres,
periódico *Rebelión*
[<http://www.rebelion.org>]

1ª Edición (digital), mayo 2009



Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

Fotografía de portada: Autobús en la región de Samtsje-Javajeti, Georgia (Andrés Mourenza)

noticiasdesdeturquia@gmail.com

Índice

-PRÓLOGO	9
-MAPAS	11
- <i>Jueves, 4 de septiembre</i>	15
Esnohs y Willyfogs	
Interludio personal	
- <i>Viernes, 5 de septiembre</i>	19
Entrada al Cáucaso	
Cortando el viento en un Lada soviético	
Neones y música pop rusa	
- <i>Sábado, 6 de septiembre</i>	42
La venganza de Willy Fog	
Nostalgia del monte Ararat	
El odio	
Un partido para la historia	
- <i>Domigno, 7 de septiembre</i>	70
Las estanterías del supermercado	
El oleoducto desaparecido	

-Lunes, 8 de septiembre	92
Georgia, en busca de una identidad	
Atrapados	
Los tanques de la iglesia de Jvari	
El huevo de cristal	
-Martes, 9 de septiembre	117
Volver	
-BIBLIOGRAFÍA	126

Prólogo

Desde niño me han fascinado los relatos de los viajeros. Es una afición que todavía conservo; cuando alguien viene de un país, de un lugar que no conozco, me encanta escuchar sus historias, sus anécdotas. A fin de cuentas ellos son los que han visto, los que han vivido y han sentido aquello que otros sólo hemos podido ver, escuchar, sentir a través de la mediación de los medios de comunicación, valga la redundancia.

Por eso creo que el relato de viajes acompaña perfectamente al periodístico, porque permite poner rostro y paisaje a los hechos que narramos y acerca la cultura y las vivencias locales al lector o al que escucha.

Eso sí, la crónica del viajero transforma la realidad del lugar descrito –el periodismo también, pero eso es otra historia–, pues la convierte en algo personal y, por tanto, así ha de tomarse mi relato: una visión subjetiva y propia de un viaje y de unos hechos.

No podría ser de otro modo, ya que en un viaje de algo menos de una semana (entre el 4 y el 9 de septiembre de 2008), aunque haya sido precedido y seguido de meses de estudio, no se puede pretender abarcar con absoluta precisión la inmensa complejidad de un territorio como el Cáucaso, de ahí la palabra *Exprés* en el título. Un concepto que refleja además las necesidades de la vida y el oficio del periodismo actual: no

podía permitirme el lujo de vagar más por aquellas tierras, pues el trabajo apremia.

La otra parte del título, Transcaucasia, refleja la idea, quizás utópica, de algunos líderes del Cáucaso que alguna vez pensaron, antes de que los nacionalismos locales lo destruyeran, que era posible vivir unidos y en armonía los tres países, que componen al menos oficialmente la parte meridional de esta región, y la mirada de pueblos que allí habitan.

Pienso que, a pesar de todo, el resultado del relato es cuanto menos interesante y podrá aportar algún conocimiento a la gente interesada en esta bella y castigada región.

Pero, antes, debo agradecer a todos los que han hecho posible que este texto llegase a ver la luz. A Sinem, por todo el apoyo moral durante estos años y porque fue la primera en darse cuenta de que el primitivo texto tenía forma de libro. A las enseñanzas de Dogan Tiliç, maestro del periodismo, por su confianza y ayuda. A Francisco Veiga y los cientos de correos electrónicos que nos hemos cruzado, por ser capaz de orientar la vista a nuevas teorías que escapan de la vista del aprendiz. A mi padre y mi madre, por sus ánimos y sus correcciones. A mi hermano, Daniel, también por sus correcciones y su compañía. Al resto de los compañeros de viaje, Marta, Martin y Robert, sin los que no habría sido posible esta aventura. A mi amigo Misha, por su cálido recibimiento en Tbilisi. A la periodista Liana Sayadyan, por su colaboración en Armenia. A Ricardo Ginés, Carla de la Vega y Antonio Cuesta por sus consejos sobre el estilo.

Mapas



Fuente: Wikipedia / Elaboración propia

Geopolitical map of the Caucasus Region (2008)



Fuente: Wikipedia

Jueves, 4 de septiembre

Esnobs y Willyfogs

Aquella noche había reunión del Club de Prensa Internacional, en el café Zenka, a las 19.00. Como cada mes. No les engañaré, lo que hay detrás de este nombre rimbombante es una simple reunión de periodistas extranjeros para tomar cervezas en un bar, pero el carácter esnob de algunos de los miembros hace necesario un título de alturas.

Eché un vistazo a los bultos –todo estaba listo– y bajé las escaleras de caracol de mi casa con un revoloteo de pensamientos de peligros, noticias, rutas y aventura cruzando mi mente, entrelazando y persiguiéndose unos a otros, lo que provocaba, en alguien poco hábil en el control de su psicomotricidad como yo, que los escalones se sucediesen a trompicones. La calle lucía iluminada y los vecinos del barrio de Cihangir aprovechaban los estertores del verano para tomar una copa en las terrazas. Un par de jornadas antes había comenzado el Ramadán, pero en esta parte de Estambul importa más conquistar a la vecina que sueña con ser actriz o modelo dándose aires de director de cine. Y para eso hay que frecuentar los bares a menudo.

Mi objetivo y el de algunos otros periodistas afincados en Estambul era asistir al partido de fútbol que se disputaría el sábado siguiente en la capital armenia, Ereván, entre las selecciones de Armenia y

Turquía, el primero de la historia entre estos dos países sin relaciones diplomáticas. Era de especial trascendencia, ya que Ankara mantenía clausurada su frontera con el país vecino desde 1993 como castigo a la invasión armenia del Nagorno-Karabaj, una región separatista de Azerbaiyán, aliado de los turcos. A la enemistad política se añadía la polémica sobre el llamado Genocidio Armenio, la deportación y masacre de cientos de miles de armenios de la Anatolia oriental en 1915, al inicio de la Primera Guerra Mundial, que Turquía se niega a reconocer como tal.

El presidente turco, Abdullah Gül, había confirmado a última hora del día anterior que asistiría al partido de fútbol y conversaría con su colega armenio, Serj Sarkisian, y varias decenas más de corresponsales extranjeros se aprestaron a comprar los últimos billetes del último chárter fletado con destino a Ereván.

Ya había probado la opción aérea unos días antes. En la agencia turca que ofrece los vuelos de la aerolínea armenia Armavia –parten dos veces por semana a pesar del bloqueo– un amable dependiente comenzó por informarme, con una sonrisa premonición de circunloquios, de que el precio era de unos 450 euros, algo que escapaba a las posibilidades de mi presupuesto de bajo coste. Luego añadió, con la misma sonrisa, que las todas las plazas para esa semana estaban agotadas desde hacía meses.

Desde la localidad turca de Iğdir, en el este del país, apenas hay unos 30 ó 40 kilómetros hasta Ereván, pero el bloqueo fronterizo hace imposible entrar por tierra a Armenia, así que decidí formar un pequeño grupo de cinco periodistas en mi misma situación y juntos planeamos llegar hasta Kars, en el extremo noreste de Turquía, y desde allí, de algún modo, alcanzar la frontera armenia a través de territorio georgiano. El inconveniente era que la guerra entre Georgia y Rusia había concluido apenas unas semanas antes y la incertidumbre aún se paseaba por el Cáucaso.

Cuando llegué al café Zenka, Marta, en un extremo de la mesa,

y el viaje a Armenia, eran el centro de todas las conversaciones. Partíamos en unas horas y nadie daba un duro por nuestra aventura.

–¿En cuántos días pensáis llegar? –era la pregunta más repetida por los periodistas del club.

–Uyyy... ¡no habéis visto como es el camino entre Kars y la frontera! ¡Bellísimo! Pero una mierda de carretera – se reía un *freelance* alemán calvo mientras botaba en su asiento y emitía crujidos por la boca. *Tracatrac tracatrac*. Su cabeza de duras facciones lampiñas se contorneaba en una mueca de mal agüero. Ji, ji, ji.

Los comentarios no infundían precisamente confianza y Marta, una italiana neurótica, trabajadora incansable, parlanchina, filorrusa y en proceso de conversión del catolicismo a la ortodoxia griega que había planificado el viaje conmigo, comenzó a dudar de nuestras posibilidades. Las intimidaciones le dieron entonces a nuestro periplo carácter de apuesta moral y, al menos yo, me lo empecé a tomar Willyfoguianamente. Sí, llegaríamos a tiempo a Ereván para informar sobre el encuentro entre dos países enemistados, para dar cuenta de los progresos de la diplomacia del fútbol, igual que apostaba en el Reform Club el inolvidable personaje de Julio Verne, Phileas Fogg, el Willy Fog de aquellos simpáticos dibujos animados de nuestra infancia.

Nuestros cálculos en un modesto atlas de carreteras indicaban que la ruta sería dura pero la distancia no superaba los 500 kilómetros, bastarían siete horas. El camino se encargaría de demostrarnos lo contrario.

Viernes, 5 de septiembre

Entrada al Cáucaso

La pista del aeropuerto estaba casi desierta, sólo había dos aeroplanos, el nuestro y el de una misteriosa compañía azerí, Turan Air, que brillaban con destellos metálicos bajo el agradable sol de la temprana mañana. Aterrizamos en Kars a las diez, después de una breve escala en el moderno aeropuerto de Ankara. El de Kars no era mucho más grande que una estación pequeña de autobuses española, en un país donde las estaciones de autobuses son, a veces, más grandes que algunos aeropuertos españoles.

Apenas habíamos salido de la estación–aeropuerto, sorteando una riada de personas que entraba en tropel a ayudar a recoger maletas y equipajes de amigos y familiares que aprovechaban los descuentos del Ramadán para volver a casa, cuando nos abordó un chófer ofreciéndose a llevarnos hasta la frontera georgiana por 250 dólares, pero la oferta sonaba a tongo y preferí preguntar al propietario de la furgoneta–microbús que cubría la línea Kars–Ardahan, la capital de la provincia limítrofe con Georgia. Conseguimos cinco billetes por quince liras cada uno (unos ocho euros).

A primera vista, en el minibús no quedaba más sitio que los trece asientos de serie, de los que todos menos tres estaban ocupados. No obstante, el transporte en Turquía posee cierta capacidad de

improvisación mágica y el conductor, con un chasquido de ilusionista y un *tráeme aquí esas banquetas de plástico*, hizo aparecer dos nuevas plazas.

A estas alturas debo presentarles a los otros individuos que formaban parte de nuestra pequeña odisea, además de mi hermano Daniel, la italiana Marta y yo. Martín, un danés de rubia barba rala, perfeccionista y parco en gestos, se había interesado desde el inicio en viajar con nosotros. El que había esperado hasta casi el último minuto era Robert Tait, el flamante corresponsal de *The Guardian* en Turquía, que apenas vivía desde hacía cuatro meses en Estambul tras haber servido varios años en Teherán. Mister Tait es un escocés con mayúsculas, de cabello greñudo y aspecto descuidado y el aire de estar perdido allá donde se encuentre, que acompaña con extraños movimientos oculares al conversar. En suma, la presencia ideal para no levantar sospechas cuando se está atento a todo. “*Wooooow!* –repetía desde que llegamos a Kars, remarcando profundamente la o– *This is completely the other Turkey*”.

El resto de ocupantes del minibús eran un hombre achaparrado de barba mal afeitada; otro a su lado con americana y gafas de pasta; un joven matrimonio de rasgos centroasiáticos con una niña de unos cuatro años y ojos rasgados hasta el infinito sobre el regazo; una pareja de muchachos rubios de Estambul que visitaba a un familiar destinado en el cuartel militar de Ardahan; un hombre con camisa de cuadros y mostacho cano; un matrimonio moreno con bebé y laúd; otros dos jóvenes de tez cetrina, de los que uno escuchaba música en su teléfono móvil, y Yasar, el conductor.

Los bultos viajaban en el reducido portaequipajes trasero del minibús, bien apilados, pero en cada pequeña rendija de espacio entre los ocupantes había también una maleta. Cuando todos hubimos ocupado milimétricamente nuestro espacio y nos disponíamos a partir, el joven moreno de la última fila de asientos, se dio cuenta de que había olvidado en la acera el carrito de su bebé y tenía que salir

fuera, obligando al resto de pasajeros a trastocar el orden establecido. Suspiros. Pero en este país los horarios son relativos, elásticos y si hace falta esperar cinco minutos más a un pasajero, se le espera.

El firmamento lucía despejado, también la estepa. Era uno de esos lugares tan agrestes, en los que la naturaleza se presenta tan desnuda que provoca un efecto de comunión física con La Tierra y con los cielos. Es un sentimiento puramente físico, vivo y vitalista, relacionado con la vuelta del hombre a sus orígenes, de unión a las piedras, a los árboles y a esas montañas pardas que se levantaban en la lejanía y hacia las que nos dirigíamos. Había mucho camino y un día entero por delante.

La carretera hacia la frontera turco-georgiana era bastante aceptable, bien asfaltada y con poco tráfico, a excepción de camiones de mercancías, tractores cargados de paja y otros microbuses. Aldeas pobres de casitas blancas, apiñadas como para darse calor durante el invierno, y enormes montones de paja iban quedando a los lados. Son poblados de nombre extraño: Susuz (Sin agua), Taslidereli (Con el arroyo pedregoso)... que probablemente sustituyeron a los antiguos nombres usados por los armenios expulsados durante la Primera Guerra Mundial. Algo más al este, se alzaban cerros y montañas pedregosas y, tras ellos, la frontera de Armenia, cerrada por los turcos en 1993 y custodiada por soldados rusos.

Los habitantes de Kars –la ciudad donde el Premio Nobel turco Orhan Pamuk ambientó su novela *Nieve*– son famosos por sus cejas pobladas, similares a las del antiguo presidente soviético Leonid Brezhnev. A pesar de que parezca lo contrario en la novela de Pamuk, Kars siempre fue famosa por su izquierdismo, en oposición a la provincia oriental vecina, Erzurum, mucho más conservadora. Durante décadas, viajar de una ciudad a otra podía convertirse en un asunto peligroso, dado que el estilo del bigote o la forma de pronunciar diferentes palabras revelaba la tendencia ideológica de cada uno.

Nieve (*Kar*, en turco) enfadó a muchos. A los cazurros de uno y otro bando en Turquía, que abundan en la política de este país tanto como en la política de otras partes del mundo, porque no presentaba las cosas en blanco y negro como están acostumbradas a servirlos ellos. Los religiosos, que si la novela dejaba en mal lugar a las chicas con velo; los nacionalistas-laicos, que si las dejaban bien. A los habitantes de Kars no les afectó el negro o el blanco, más bien les dolió el gris, el color con que pintó el ambiente de esta ciudad norteña.

El problema quizás no sea de Pamuk ni de los karsiotas, sino de los que han leído el libro como si se tratase de un reportaje sobre Kars y la situación política de Turquía, cuando en realidad es mucho más una versión turca y posmoderna de *El Castillo* de Franz Kafka (en especial sus primeros capítulos: la llegada a una ciudad cerrada, la búsqueda infructuosa de no se sabe bien qué). El personaje del checo es K, el agrimensor; el del turco es Ka, un fracasado contador de historias. K, Ka, Kar, Kars. Esta claro, ¿no?

Un ligero frenazo del minibús me sacó de los pensamientos literarios. Mi banqueta de plástico se deslizó ligeramente hacia delante y sus patas traseras se doblaron hasta hacer que me recostara en el regazo de los viajeros de la última fila. Afortunadamente, y como ya les he dicho, viajábamos tan apretados que no había espacio para caídas. Era una hilera de ocas que había comenzado a cruzar ordenadamente la carretera en un cambio de rasante. Yasar, con gafas de sol y móvil en mano, pita–frena–pita en un esfuerzo por alertar a las aves, que se dieron por enteradas y finalmente nos cedieron el paso.

A medida que la carretera ascendía hacia Ardahan, las colinas comenzaron a verdear gracias al frescor de los regatos que descienden de la *yayla*, la meseta turca.

Unos kilómetros más adelante, un grupo de gendarmes, el cuerpo militar de vigilancia rural, surgió en la carretera. Los soldados escoltaban a unos pocos aldeanos ataviados con el traje tradicional

de la zona que reposaban sentados en la pradera sin prestar mucha atención. Más allá había un tractor con su remolque volcado sobre un campo de labranza. La Gendarmería había cercado la finca con cinta amarilla en la que escribía: “Lugar de los hechos”. Un poco más allá, una camioneta con los vidrios rotos en el arcén y otro grupo de reclutas contenía a un puñado de hombres en camisa de tirantes visiblemente alterados. Culpaban al primer grupo de su desgracia. Otra fila de ocas atravesó la carretera.

En palabras llanas, Ardahan, a pesar de ser capital de la provincia del mismo nombre, es un pueblucho en el que apenas media docena de edificios –incluido el del hotel– se elevan más de cuatro alturas. No hacía mucho calor, pero la gente se resguardaba bajo los alerones reservando apática los esfuerzos del ayuno de Ramadán. En la explanada de tierra que era la estación de autobuses y microbuses, una pequeña familia engullía algo que parecía bollería industrial apartados del resto.

El pequeño cubículo que hacía las veces de estación de trasbordo de las furgonetas-microbús era un mentidero de paisanos ociosos, lo cual es de entender ya que en estas latitudes las nuevas son pocas y hay que sacarles partido hasta que no dan más de sí. Ahora tenían ante ellos a un grupo de cinco extranjeros preguntado por el camino hacia el país vecino. Dos abuelos en cuclillas, de rostro curtido y dulce, tocados con gorros de astracán típicos del sur de Rusia y el Cáucaso, nos miraban desde el resguardo de la diminuta sombra que proyectaba la destartalada caseta-oficina.

–¿Vais al partido contra Armenia? –preguntó el hombre que atendía–. Nosotros quizás salgamos mañana hacia Ereván. –El gobierno armenio, en un gesto de buena voluntad, había eliminado durante esos días el coste del visado de entrada al país para los ciudadanos turcos.

Nos apresuramos a comprar los billetes, pues un minibús partía en breve hacia Posof, el último pueblo de Turquía antes de llegar a

Georgia y donde, según nos indicaron los encargados de la estación, debíamos negociar con el conductor el coste del transporte hasta la frontera misma.

Volvían a faltar sitios. Temiendo quedarme sin plaza, me abalancé sobre uno de los asientos. En ese momento, con paso tranquilo, los abuelos cubiertos de astracán, se incorporaron para introducirse en la furgoneta. Yo había ocupado su lugar sin ningún rubor y a ellos no les quedaba espacio. Pero no me moví. No podíamos perder ni un instante, pues era mediodía y sólo habíamos recorrido una ínfima parte de nuestro trayecto. Temíamos que la noche nos cayese encima sin haber alcanzado nuestro objetivo. Era imprescindible que tomásemos ese microbús para poder llegar a la frontera. Entonces, un joven con valores más altos que los míos, descendió del vehículo y cedió su asiento a los ancianos, aun a sabiendas que podría permanecer el resto del día en aquel pueblo, pues la frecuencia de los viajes es tan incierta como económica. Enrojecí y quise dar explicaciones, pero nada salió por mi boca.

No hubo problemas, esta vez no había banquetas, así que cargaron la correspondencia y los periódicos de Posof en los huecos e invitaron a los pasajeros en tierra a sentarse sobre ellos.

Al partir la furgoneta, dejando pequeños surcos y marcas en la tierra apelmazada de la estación-explanada, mis ojos se cruzaron con la mirada de dos pasajeros que quedaban, sentados sobre un poyo, esperando un transporte para otro destino. Eran un joven y su novia, o su hermana, o su familiar, de cabello negro y brillante y ojos glaucos, o quizás eran oscuros, no recuerdo, la neblina vaporosa que extiende a menudo la memoria sobre los recuerdos me ha hecho olvidarlo. Pero era una mirada dura, agreste, forjada en el crudo clima de estas latitudes y en las también severas costumbres sociales. Con todo, en esta esquina noreste de Turquía, olvidada de muchos, el conservadurismo no pesa tanto como en otros lugares del interior de Anatolia. Será la proximidad de las fronteras y el intercambio de

experiencias; será la mezcla de etnias, sólo perceptible para el ojo local o una inspección azejada (turcos, karapapaks, kipchaks, kurdos, georgianos...). Será el haber tenido por vecino, durante tantos años, a la Unión Soviética. El caso es que a un amigo enrolado en el ejército turco, les avisó así su comandante cuando visitaron la cercana provincia de Artvin:

–¡Cuidado, que esto está lleno de comunistas!

La carretera hacia el norte se endurecía en sintonía con la montaña, rugoso y viejo asfalto, grandes desniveles y, a cada curva, nos encontrábamos un paso más cerca de las cumbres. El viaje nos regalaba, por momentos, un soberbio paisaje de pinares, pequeñas granjas y mezquitas cuyas cúpulas se cubren de plomo para aguantar los embates de la nieve, manadas de caballos pastando en la pradera. Era una pradera suave; verdecente, a pesar de la época del año en que viajábamos, de aspecto táctil, que invitaba a unirse a las monturas, a tumbarse en los prados y empaparse del húmedo rocío con que los riegan los torrentes subterráneos.

El valle donde surgió Posof, encajonado allá abajo, tenía un aspecto pirenaico y a su entrada un grupo de soldados vigilaba junto a las vallas protectoras del oleoducto BTC (Bakú–Tbilisi–Ceyhan), una inmensa serpiente metálica que transporta crudo desde la orilla del Mar Caspio hasta el Mediterráneo turco a través de Azerbaiyán, Georgia y Turquía. Es decir, evitando Rusia para mayor *seguridad* de los consumidores: los países europeos, Estados Unidos e Israel.

El nombre de Posof da una idea de la influencia rusa en esta zona. No en vano, las regiones nororientales de Turquía y sudoccidentales de Georgia cambiaron en numerosas ocasiones de manos desde finales del siglo XVIII.

En la villa, unos obreros ultimaban las obras de construcción de una mezquita y cientos de abejas de los panales desperdigados por la ladera pululaban en armonía con los habitantes, tanto que sólo les faltaba levantar la gorra en señal de respeto y cederles el paso.

Casas de buena hechura se desperdigaban hasta donde la montaña se convertía en desfiladero, todas mirando hacia el edificio del concejo y su estatua dorada de Atatürk, como si el Gran Líder, décadas después de su muerte, aún condujese los destinos del país como un director de orquesta. Meras ilusiones que aún se empeñan en conservar algunos.

Una vez el chófer del minibús hubo concluido su ritual salutorio, aceptó acercarnos al paso fronterizo de Türkgözü, *el Ojo Turco*. Unos metros más adelante, tras esas vallas anaranjadas, comenzaba Georgia, comenzaba el Cáucaso.

Cortando el viento en un Lada soviético

Hasta ahora he hablado poco del carácter moral de los habitantes de esta porción del planeta... No es por timidez, digamos que es una cuestión de procedimiento. Es necesario que, antes de entrar a analizar la situación del Cáucaso, se vayan aclimatando a su geografía, a su intrincado paisaje, por el que discurren sus intrincadas historias. No quiero exagerar con ello y decir que sea el terreno lo que modela –determina– las sociedades y sus problemas, en realidad es una cuestión más prosaica. La maldad, la bondad y la estupidez humanas no existen como las ideas de las que hablaba Platón, como entidades independientes; siempre van ligadas a las relaciones sociales nacidas de las necesidades humanas, básicamente es economía de los sentimientos. Pero aún así, el territorio y sus accidentes, llegan al menos a condicionar a la especie que lo habita.

Una vez dejada Turquía a pie, la parte georgiana de la frontera entre los dos países era una sucesión desordenada de edificios desvencijados. En el primer control, un gordo y sudoroso guarda de frontera de gastado uniforme estampó el visado. “No sois para ser vendidos”, avisaba a las inmigrantes que viajan a Turquía un cartel

contra la explotación sexual colgado tras el obeso funcionario en su triste caseta. Cada día, familias enteras de georgianos se arremolinan en torno a los autobuses que parten de Tbilisi o de los pueblos cercanos a la frontera turca, discuten, regatean con el conductor y uno o varios monta en el vehículo con destino a Estambul, más de veinticuatro horas de viaje en busca de otro futuro.

Tras preguntar por un taxi que nos llevase hasta la frontera de Armenia en el segundo puesto de control, una regordeta funcionaria de aduanas, con un traje algo más apañado que su compañero militar, señaló cien metros más abajo en el valle y exclamó, acompañada de grandes aspavientos, “Rohimi, Rohimi”. Unos ancianos, sentados sobre lo que hace una década fuera una acera, corroboraron en alemán que eso que llamaban Rohimi—algo que todavía no sabíamos a ciencia cierta de qué se trataba— aguardaba tras las vallas.

Antes de salir del recinto, controló nuestros pasaportes un tercer militar, que habitaba en una garita cochambrosa cuyos cristales medio rotos habían sido rellenados de gomaespuma. Dormía en un camastro junto al ventanuco.

Desganado, el joven recluta de pómulos rosados y mejillas hundidas, revisó los sellos de nuestros pasaportes y accionó una palanca. La compuerta de la frontera se abrió, y luego se cerró tras nosotros, con un ruido de carraca vieja, dejándonos frente a un bucólico paisaje de agosto: colinas leves, campos de cereal y rastrojo, caminos polvorientos y casas salpicadas por aquí y por allá.

Rohimi y su amigo, dos taxistas dedicados a *pesca*r a los pocos viajeros que cruzan el límite entre Turquía y Georgia por esta segunda aduana de las tres que existen, esperaban sobre un montículo, descansando a la sombra de un árbol y fumando tranquilamente. En cuanto nos vieron, descendieron del montículo montados en sus coches y nos rodearon como si se tratase de corceles salvajes. Eran dos avejentados Lada 1600 de color beige, la versión soviética del Fiat 124, fabricados a finales de los años ochenta. Podría decir que olían

a *perestroika* o a la decadencia de la Unión Soviética—aunque en esa época Lada alcanzaba ya sus mejores momentos de exportación de automóviles y hoy es una de las marcas más extendidas sobre la faz de la Tierra—, pero a mí me recordaba al olor rancio a polvo y pelusa del viejo coche de mi tío.

Los hombres salieron de los Lada con aire de chulos de puticlub rastrero y se acercaron a ofrecernos el precio de la carrera hasta Armenia: 300 dólares por los dos taxis, ya que cinco pasajeros y el conductor no hubiesen entrado en uno ni con calzador. O sí, pero entonces corríamos el serio riesgo de quedarnos tirados en cualquier cuneta. Nos reunimos los cinco integrantes del grupo y ofrecimos 200 dólares. Se reunieron ellos y dijeron que no, 250. Los grillos murmuraban su canción del agosto tardío. ¿Y si les pagamos en liras?, preguntamos en turco. 400. Eso sobrepasaba todos los mercados de cambio. ¿210 dólares? Esta vez probamos a decirlo en ruso.

Había una luz cruda, de sol a las tres de la tarde, que iluminaba todo con una claridad blanca, plana, de sombras encogidas, convirtiendo los tejados de los cobertizos, allá en la lejanía, en puntos rutilantes. Dos coches turcos abandonaron el recinto fronterizo, habíamos hablado con sus ocupantes unos minutos antes, pero su ruta pasaba por Tbilisi y pensaban llegar a Armenia el día mismo del partido. Los planes no coincidían. El conductor del primero, un turco nororiental con pintas de Paul Newman barriobajero y cigarro colgando del labio inferior, nos superó levantando una nube de polvo como saludo.

Cri, cri, cri. Los taxistas georgianos se consultaban y mantenían su oferta. Nosotros hacíamos lo propio sabiendo que nuestro margen de maniobra era escaso. Cri, cri, cri. Más sonido de cigarras aguantando la tensión. Aquello comenzaba a asemejarse a una película de Quentin Tarantino, sólo que la emoción no estaba asegurada porque en la desierta frontera georgiana ellos tenían todo el tiempo del mundo y todas las de ganar. Al final negociamos el transporte por 220 dólares. Al introducimos Marta, mi hermano y yo en el taxi de Rohimi, la

portezuela del Lada cerró con un sonido a cristales rotos.

El cinturón de seguridad del conductor viajaba en el bolsillo trasero de su asiento, junto a una botella a medias de vodka. El del copiloto estaba roto, pero Rohimi le restó trascendencia en su turco chapurreado:

–¡Bah! No importa, esto es Georgia, no Europa. –Así que el hombre arrancó y enfiló su automóvil hacia el país vecino.

La ruta transcurría, en parte, por un trazado similar al del famoso oleoducto BTC, pero la carretera no era tan moderna como el proyecto energético: apenas un camino de tierra y pedregoso que discurría entre pequeños pueblos de casas con grandes pajares. Los improvisados taxis, probablemente sin licencia, pero a quién le importaba eso, levantaban nubes de polvo en cada curva. Aquellas carreteras, con las lluvias del otoño y las nieves del invierno, debían convertirse en un barrizal espantoso haciendo una aventura osada el transporte por el sur del país, tan alejado, en términos relativos, de la carretera transversal –tampoco muy grande, sólo son dos carriles asfaltados– que comunica los principales puertos de la costa de poniente, Poti y Batumi, con la capital Tbilisi, a oriente.

–Estos son pueblos de armenios –nos informó Rohimi, señalando las pequeñas localidades que quedaban más cerca de la frontera turca.

Los armenios no son enemigos de los georgianos, pero eso tampoco garantiza que sean bien queridos. De hecho, el tono de Rohimi revelaba cierta repulsa, desagrado, menosprecio. “Estos barrios que ves, tan pobres, son de armenios”, me diría unos días después paseando por el barrio viejo de Tbilisi otro georgiano, Misha, con el mismo desdén.

De igual manera que en los alrededores de la frontera con Armenia, del lado de Georgia, viven los azerís perseguidos y expulsados en 1993 por las furias nacionalistas de Ereván, en esta zona que ahora recorriamos, la región de Samtsje–Javajeti, la mayor parte de sus

pueblos están habitados por armenios que escaparon, en la Primera Guerra Mundial, de las ansias revanchistas del ejército turco –primero derrotado, luego victorioso– y de las aventuras por el Cáucaso y Asia Central del oscuro e intrigante general Enver. Este personaje, Enver Pasha, es tristemente célebre por haber participado en la organización de las matanzas de armenios de 1915 y haber intentado levantar a todos los musulmanes turcos, desde Anatolia a Xinjiang (China), contra los revolucionarios bolcheviques. Él y su puñado de hombres encontraron la muerte en las estepas de Asia Central, en una aldea cercana a Dushanbé, en Tayikistán.

Los armenios de Samtsje–Javajeti, que forman una de las comunidades más pobres de Georgia, se lo pusieron difícil a Tbilisi en los años noventa cuando, en medio del desgarramiento del estado georgiano –las guerras contra Abjasia y Osetia del Sur, que se repitieron en el verano de 2008–, comenzaron a exigir autonomía para su territorio. Curiosamente aquí también moraban unos 120.000 mesjet, un pueblo quizás de origen turco, hasta que fueron deportados a Asia Central por el dirigente soviético Josif Stalin –georgiano de nacimiento– y no pudieron regresar a su tierra natal hasta los años noventa, con una fuerte oposición de la población armenia. Los odios nacionalistas han escrito las páginas más horribles de la historia pero, sin duda, en el Cáucaso, un territorio con la mitad de extensión que España, se han hecho merecedores de un capítulo aparte gracias a sus propias crueldades.

Dejamos a un lado un túmulo coronado por una cruz.

–¿Qué es, Rohimi?

–Pues una cruz, ¿no ves? –Su lógica era aplastante.

Al ser avisado de la presencia sagrada del túmulo Rohimi, se santiguó. Aceleró. Una iglesia. Rohimi se santiguó otra vez y aceleró aún más. Los vidrios tintineaban hasta casi salirse de las ventanillas, la carrocería crujía. Los tramos asfaltados eran un alivio para el cuerpo, pero la carretera continuaba tan llena de baches, y a veces

de grandes piedras, que algunos coches preferían hacer los tramos peligrosos por fuera de la vía.

En las gasolineras, los conductores se llevaban bidones enteros de combustible por si las moscas, ya que debido a los contenciosos con Rusia, la gasolina se les había puesto por las nubes. Mientras repostábamos y Rohimi charlaba con el empleado cigarrillo en mano, un autobús urbano, o quizás de línea, pintado de un color amarillo anaranjado que mantenía su belleza a pesar del óxido, llegó a la gasolinera. Sus ocupantes, viejos, jóvenes, hombres, mujeres, procuraban mostrar toda la dignidad que podían en un vehículo desastrado que bien podía recordar a las décadas de mediados del siglo XX.

Nuestro guía georgiano volvió al automóvil y dio unas palmaditas, que bien podían ser consideradas ofensivas pero que él creía cariñosas, en la rodilla de Marta.

—¿Estás casada? —preguntó. A pesar de su apariencia de solterón recalcitrante, Rohimi tenía un feliz matrimonio y comenzó a hablarnos de sus hijos.

Los dos Lada marchaban a toda velocidad, a toda la que podían, junto a un bello riachuelo que refulgía al sol de la tarde. Se adelantaban el uno al otro y daban saltitos en cada bache como si se tratase de una montaña rusa a la georgiana. La belleza inquietante de los páramos y las cumbres de Turquía había dado paso a otra más conocida, de valles frondosos y montañas rocosas.

El viento hinchaba la camisa estampada de Rohimi. A nuestra izquierda las nubes cabalgaban sobre las montañas del interior del país. El aire nos golpeaba en la cara.

—Es hermosa, Georgia —pensé en voz alta.

—Más bonita es Abjasia, por eso se la han quedado los rusos —dijo Rohimi sin que su rostro denotase, ni por asomo, un tono bromista.

Unos camiones de la época soviética trabajaban arreglando las pobres infraestructuras de Samtsje-Javajeti. Aún quedaban letreros en

ruso, especialmente en torno a localidades de mayoría armenia como Ajalkalaki e incluso las siglas de la URSS en lo que antes fue una granja colectiva, hoy abandonada. En esta zona, dejada de la mano del gobierno de Mijeil Saakashvili, los restos de la influencia rusa permanecen, molestos, como granos en el culo para los políticos de Tbilisi, empeñados en desrusificar el país y venderlo a los inversores occidentales. En la capital, hasta el edificio del ayuntamiento, una bella construcción en estilo neo-oriental, ha sido adjudicado a una compañía extranjera y el consejo municipal trasladado a una calle trasera.

Hacia casi medio día que habíamos partido de Estambul y sólo habíamos ingerido unas galletas en Ardahan. Estaba siendo una jornada hambrienta y fatigosa. Un cosquilleo soñoliento me invadió. No sé por qué, pero no consigo dormir en medios de transporte parados. En cambio, el violento traqueteo del Lada me acunaba y caí dormido. Al despertar, el sol había avanzado y caminaba hacia el ocaso. Daniel me comentó un dato pintoresco del paisaje georgiano, durante mi siesta habíamos pasado junto a un viejo vagón de tren que se usa como puente sobre el riachuelo. Rohimi también tenía noticias: nuestros compañeros habían pinchado una rueda y teníamos que esperar.

A los diez minutos aparecieron de nuevo y le pregunté a Robert por el suceso:

—Bueno, el viaje no era especialmente cómodo antes del pinchazo... y después tampoco —dijo con su impasible flema británica.

El sol se ponía, nos aproximábamos a Armenia. El puesto fronterizo de Ninotsminda era el esqueleto de un almacén y varios container que hacían de barracones al final de aquella pista de tierra que, durante horas, nos había parecido infinita. En una de las barracas colgaba un póster con la fotografía de Saakashvili en uniforme militar, supuestamente para infundir valor a sus tropas, aunque, durante la guerra contra Rusia, el presidente georgiano apenas había aguantado

unos segundos al oír un caza ruso sobrevolar Tbilisi antes de echarse bajo las rodillas de sus guardaespaldas. En otro container, pintado de verde claro con grandes letras blancas del precioso e ininteligible alfabeto georgiano, un joven sin camiseta y con pantalones caqui mugrientos intentaba lavarse.

Salimos de los coches y, casi de inmediato, la primera orden fue la de apagar todas las cámaras. No querían que fotografiásemos el entorno ruinoso en que vivían los últimos soldados, el último contingente militar, perdido de todo el mundo, de un país que acababa de salir de una guerra y trataba de mostrar cierto aire victorioso. Quizás eran simples órdenes militares, o con mayor probabilidad, la conciencia de la propia miseria.

Entramos en un cuartucho de aire siniestro, donde tres oficiales pedían los pasaportes, fumaban y miraban con cara de pocos amigos. Uno, en atuendo militar, gordote y con barba de varios días, se encargaba de estampar el sello de salida del país. Los otros dos, de civil, uno sentado en un catre, el otro en una vieja butaca de oficina, perforaban el humo de los cigarrillos para escudriñarnos, atentos a un posible fallo, a una falta; o, tal vez, era sólo una mirada aprendida. Una mirada de frontera.

Flotaba un aire de perfidia entre las nubes de tabaco, algo que debía ser el fruto de años de malas prácticas de los mismos soldados abandonados, de un lado, y, del otro, de la desidia del estado hacia sus tropas últimas, de la sensación de estar perdidos en medio de la nada, donde lo más cercano no es tu superior, o el superior de tu superior, o el comandante supremo del ejército en el que sirves, sino, allá enfrente, el que podría ser tu enemigo, el soldado que sirve en el ejército de otra nación, el otro.

Los soldados devolvieron nuestros pasaportes con una media sonrisa forzada, mascada entre las bromas de los reclutas más jóvenes, a quienes, podría ser, aún no les ha dado tiempo a asquearse de su profesión ni a pervertirse.

La última barrera de Georgia era una cuerda amarrada a un palo que un soldado desataba al paso de un vehículo. Abrió la frontera, condujimos brevemente por tierra de nadie. Por el campo, en paralelo a nosotros, se desplazaba un tractor, sobre cuyo remolque, cargado de paja, viajaba un grupo entero de braceros. Levantaron la mano en señal de despedida.

–¿Estamos ya en Armenia, Rohimi?

–Un momento...– El coche dejó de traquetear. La carretera estaba asfaltada.– ¡Ahora sí!

Neones y música pop rusa

–Se nota que hemos llegado a la civilización– se percató Daniel– ¡Un prostíbulo!

Los neones rosados y azules brillaban en la noche, camino a Ereván. Es cierto que habíamos recorrido una de las regiones más pobres de Georgia y ahora atravesábamos la zona más desarrollada de la paupérrima Armenia, la carretera entre Gyumri y Ereván, las dos principales ciudades del país, pero la diferencia entre ambos estados nos parecía a todos notable.

Ya era patente cuando cruzábamos la frontera a través del paso de Ninotsminda. Detrás de las barreras de la zona armenia había cuatro modernos ordenadores a la intemperie vigilados por un mozo tocado con el sombrero caqui típico de algunas divisiones del ejército ruso. Armenia recibe ayuda militar de Rusia; Georgia, estadounidense. El presupuesto bélico de Armenia es cuatro veces superior al de Georgia y algo mayor al de Azerbaiyán.

En las casetas de la guardia de frontera olía a la comida de dos oficiales del ejército armenio que se mosquearon cuando entré sin llamar a la puerta para pedir el visado. Me observaron fijamente con sus ojos negros y redondos, con sus cabezas rapadas, con sus uniformes

y con sus botas negras. Todos sus miembros parecían escudriñarme, pues no encajaba con el perfil de los pocos que cruzaban esta frontera dejada de la mano de los dioses y los gobiernos. La mirada de los militares del puesto georgiano que habíamos dejado unos metros atrás, en el país anterior, también era inquisitiva y, sin embargo, con sus barbas sin afeitar, las colillas colgando y la luz sucia de una bombilla de poca potencia, provocaba el escalofrío del examen de un delincuente a su presa. Esta otra no, infundía miedo, pero era la mirada penetrante e imponente de un verdadero militar

Un amable empleado, que se manejaba bien en turco, asomó medio cuerpo tras otra puerta y me indicó diligente y temeroso que saliese de allá y utilizase la otra entrada a su oficina. Rápidamente comenzó a organizar el papeleo de los visados. Al contrario que en Georgia, donde sólo hace falta que estampen un sello rosa en el pasaporte, para entrar en Armenia es necesario un visado electrónico que exige de una serie de trámites informáticos. La diferencia son los 15.000 drams armenios del precio (unos 35 euros).

En tanto el funcionario se encargaba de nuestros pasaportes, comenzó a tomar vida el temor que nos venía asaltando durante el trayecto georgiano. El paso fronterizo en el que nos encontrábamos se hallaba en un elevado valle, cubierto de una suave pradera, sobre el que se estrechaban unos montes no muy altos. Tras el puesto militar armenio, de unos 300 metros de longitud, se divisaban las casas bajas de cemento de una aldea y algunos vehículos, de los que ninguno parecía un taxi o un autobús. El sol ya había desaparecido tras los picos y en una hora sería noche cerrada, pues jugábamos contra el reloj, que en Armenia marca dos horas más que en Turquía.

En Georgia, nada más hubimos tomado asiento en los Lada, explicamos a Rohimi a qué punto de la frontera debía dirigirse.

—¿Y desde allá hasta Ereván cómo pensáis ir?

En el hostel que habíamos reservado me informaron de que desde el paso de Ninotsminda debería haber una línea de autocares hasta la

capital de Armenia pero desconocían el horario.

—¿Y ya habrá autobuses? —continuó Rohimi

—*Inshallah* —respondió Marta.

Si hubiese sabido cómo era la frontera entre los dos países le habría ordenado a Rohimi que cambiase el rumbo de inmediato. Lo malo de los mapas es que todo parece mucho más sencillo de lo que es

Así que, mientras el gendarme armenio me hacía la factura de los cincuenta pavos del visado...

—Ves, así todo ok *¡No problem!* —me decía mientras limpiaba con el puño los restos de *lavash* (ese pan que parece una tela y se consume en buena parte de Eurasia y Oriente Medio) de la comida de los oficiales que ya se habían marchado dejando a nuestro eficaz funcionario la mesa libre.

...comencé a hacerme a la idea de que tendríamos que acudir a la hospitalidad de los lugareños del pueblucho que surgía tras la última barrera del puesto fronterizo. En la televisión de los militares emitían la serie *Perdidos* en ruso, como una sucia broma de bienvenida.

Afortunadamente, al salir de la caseta, Marta me avisó de que el joven moreno del sombrero —que no miraba mal a la italiana— había conseguido un vehículo para Ereván por 100 dólares. A pesar de su lengua imparable, bendije el ruso chapurreado de la chica. Finalmente apareció un Nissan Navara recién estrenado, con su maletero de furgoneta *pick-up*. No cabíamos en nosotros de gozo. Echamos los bultos al portaequipaje y nos apretujamos dentro del coche.

Aún me temblaban las piernas del viaje a través de Georgia. No les miento, en cada recodo procuraba mirar el velocímetro y la aguja siempre indicaba en torno a los cien kilómetros por hora, pero los números no engañan: habían sido cuatro horas para una distancia de 160 kilómetros. La media: 40 kilómetros a la hora. Y aún así se me había puesto cuerpo de rally, tales eran las piedras, las suspensiones y los caminos que recorrimos. Por eso, los casi doscientos kilómetros por carretera hasta Ereván parecían cosa hecha.

El conductor que nos asignaron los militares armenios era un chaval georgiano al que le venía grande el asiento de la furgoneta y con el que sólo podíamos comunicarnos con las cuatro palabras de ruso de Marta, así que rebuscó en la guantera y encontró un disco de pop ruso, empalagoso hasta la saciedad, con el que hacerse compañía. El joven parecía coger un automóvil por primera vez en su vida o, al menos, no estaba demasiado acostumbrado a la señalización, porque permanecía más tiempo en el carril contrario que en el nuestro. Yo sólo quería descansar un rato, dar una cabezadita de viaje, pero todos debíamos estar atentos al conductor pues, ante nuestra imposibilidad idiomática, la única manera de librarnos de que nos embistiese un coche de frente era gritarle “¡Eeeeeeeeeeeeeeeeeehhh!”, y sólo entonces volvía al carril correcto con un ligero “¡Ups!”. Las imprecaciones en italiano de Marta a media voz sonaban como una retahíla de fondo para las melosas canciones rusas. Robert parecía estar preguntándose quién diablos le había mandado apuntarse a nuestra excursión, Daniel permanecía callado y Martin, él sí, dormía como un bendito.

A nuestra derecha pasaban zumbando las enormes casernas de los militares rusos que vigilan la frontera turco-armenia desde mediados de los años noventa. Después de haber sido uno de los primeros países en reconocer la independencia de la antigua república soviética en 1991, Turquía amenazó con bombardear Ereván si los armenios no se largaban del Nagorno-Karabaj, el enclave de Azerbaiyán ocupado desde 1993 por Armenia. Moscú respondió que, en ese caso, usaría el arma nuclear contra Ankara, lo que terminó por reducir la verborrea guerrera de los turcos. Aun así, los rusos decidieron desplegar a sus soldados junto al borde territorial de Turquía.

Estábamos tan cerca de Turquía que la compañía de telefonía móvil Turkcell enviaba mensajes con el texto: “Si se encuentra próximo a la frontera turca puede seleccionar manualmente a Turkcell como operadora”. Tanta rabia producía, que me entraron ganas de arrojar el

teléfono por encima de los cuarteles, de las alambradas, al otro lado de la frontera, la misma que 10 horas antes habíamos tenido a nuestra derecha durante el recorrido de Kars a Ardahan, en un absurdo rodeo de casi un día entero por culpa de las desavenencias nacionalistas.

Antaño, cuando el mundo estaba trazado con caminos de barro o piedras sólo recorridos a pie, en mulas o en carros, las distancias eran más sencillas de calcular: un día, dos, los necesarios. El mundo, esférico o plano, era una sucesión más o menos lineal de villas, ciudades y estados, uno tras el otro, como en los planisferios. No había lugar a la equivocación. Pero el desarrollo de los transportes y las comunicaciones –no digo nada nuevo, lo han reseñado ya tantos autores– implica la alteración total de los límites, de la percepción espacio-temporal. Hoy, es más rápido viajar entre dos capitales, o dos metrópolis, que entre éstas y las zonas rurales que las circundan. El espacio y el tiempo se han convertido en una sustancia gomosa, relativa, que se estira y se encoge, en medio de la cual nos movíamos nosotros en ese momento, por esas carreteras pedregosas, antiguas, obstaculizadas por los miedos y las guerras. Era, el nuestro, un periplo arcaico, por tierra; mientras nuestros compañeros de Estambul hacía horas que habían alcanzado su destino, fácil y cómodamente, a bordo de un avión que unía las dos ciudades de forma directa, limpia, posmoderna, a través de los accidentes orográficos, a través de las normas del tiempo y del espacio.

Mis ojos se detenían una y otra vez en cada montículo, en cada construcción solitaria, procurando captar todos sus detalles. Para serles sincero... el viaje no me parecía del todo real, no me lo podía creer, ¡habíamos entrado de lleno en el Cáucaso! ¡La Transcaucasia! Uno de esos territorios de nombre casi mitológico con los que uno sueña desde niño porque portan en su interior, quizás por esa enfermedad nuestra del orientalismo, sueños de aventuras como las que leía en mi infancia. Las aventuras de Marco Polo o de Miguel Strogoff, ‘el Correo del Zar’, que fue mi novela preferida durante

muchos años. O las de aquellos magníficos dos tomos, Grandes Viajes I y Grandes Viajes II, que me regalaron mis padres en las Navidades de 1991, con siete años recién cumplidos, y que relataban con bellas ilustraciones las expediciones de Cristóbal Colón, de Magallanes y de Livingstone.

Veía mi viaje y a mí mismo con vista de pájaro, marcando una línea en el mapa de una tierra de fronteras cambiantes. Allá, en la zona occidental de Georgia, había estado la Cólquide, el reino al que acudieron Jasón y sus Argonautas para robar el Vello de Oro. Y su reino vecino era la Iberia oriental, de donde se dice, o al menos así se estudia en las escuelas georgianas, partieron los primeros vascos hacia la otra Iberia, la peninsular. Otro de los reinos de la Antigüedad era la Albania Caucásica, que ocupaba el actual Azerbaiyán y al que los romanos, fecundos en muchos otros campos pero poco imaginativos en el nombrar las cosas, llamaron así por la blancura de la nieve de sus montañas. Entonces, la Albania de hoy en día era conocida como Iliria.

¡Y qué decir de los reinos armenios! Que llegaron a extenderse del Cáucaso a Cilicia, a orillas del Mar Mediterráneo, de la mano del emperador Tigran, antes de ser absorbidos por helenos, latinos y medos, para luego renacer de nuevo gracias a sus bravos guerreros. En la Edad Media, el Cáucaso fue sucesivamente conquistado por bizantinos, árabes, otomanos y persas hasta que, ya en el siglo XVIII, el Imperio Ruso lo tomó en buena parte bajo su control.

Quizás el periodo más complicado para los cartógrafos fueron los años tras la Revolución Rusa, cuando las luchas entre mencheviques y bolcheviques, entre panturquistas, filorrusos y nacionalistas locales se acentuaron, cambiando las fronteras, creando nuevos estados y destruyéndolos varias veces en un mismo año. En 1918, reunidas las diversas partes, se creó la República Democrática Federal de Transcaucasia (febrero–mayo de 1918), independiente de Moscú, que apenas duró los primeros meses del año en que culminó la

Gran Guerra en Europa. Los sectores nacionalistas de los grupos mencheviques de cada país promovían la independencia de aquel efímero estado federal para crear sus propias repúblicas y terminaron por conseguirlo. Al finalizar la primavera de 1918 no quedaban sino las cenizas de la federación transcaucásica.

Volvieron a intentarlo en 1922, cuando ya los tres países caucásicos estaban en poder de los comunistas, y se proclamó la República Federativa Socialista Soviética de Transcaucasia bajo el lema “Trabajadores del mundo, uníos” en lengua azerí, georgiana y armenia y la federación ingresó en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Posteriormente, en 1936, Transcaucasia sería una vez más disuelta para que las tres repúblicas formasen parte de la URSS por separado. Tras la independencia de la Unión Soviética, hubo algunas voces que volvieron a reclamar la unificación de los tres países del Cáucaso meridional, pero el sueño de la Transcaucasia unida había quedado enterrado definitivamente.

Mientras repasaba mentalmente los datos históricos de la región, el tiempo pasó rápido y, de repente, las luces de Ereván aparecieron ante nosotros y la melodía pop del equipo musical de la furgoneta comenzó incluso a hacerse pegadiza, como si fuese la banda sonora de una película. Allá lucía el estadio Hrazdan, donde al día siguiente se iba a disputar el histórico partido entre Armenia y Turquía. Eran las 22:30 del 5 de septiembre. Lo habíamos conseguido.

Sábado, 6 de septiembre

La venganza de Willy Fog

Llegar a Ereván de noche después de todo un día recorriendo los polvorientos caminos del sur de Georgia y de haber sido conducido desde la frontera armenia por un criminal de la carretera y ser recibido en la Plaza de la República, bellamente iluminada, por la música de la canción rusa *Kalinka* y los chorros de la fuente principal coloreados con la bandera de Armenia, fue de un alivio indescriptible. Era volver a la ciudad y al progreso.

Resulta emocionante amanecer en una ciudad nueva y desconocida. Respirar un aire diferente, sentir el frío ligero de la mañana en la piel. Todos los sentidos están alerta en busca de nuevas sensaciones y experiencias y cada paso –se puede afirmar así sin miedo a exagerar– es un paso en una tierra virgen para el conocimiento. Es la palabra ‘Descubrir’ en su esencia más pura. Así me sentía yo aquella mañana del 6 de septiembre al salir de nuestro hostel mientras daba mi primer paseo por la Avenida Pushkin atento a todos los letreros y a todas las tiendas.

Bajo el sol seco del Cáucaso, Ereván perdió parte de su atractivo nocturno. Con todo, se agradecía la influencia soviética en los anchos bulevares arbolados y de tráfico ordenado en comparación con el de las ciudades turcas y los villorrios georgianos.

Era el Día del Partido, con mayúsculas. Unos 200 periodistas habían llegado a Ereván, de ellos algo más de la mitad eran turcos y sus equipos de televisión ya rondaban desde primera hora por las calles de la capital armenia. Los enviados especiales de los principales medios de comunicación del mundo abarrotaban los hoteles. Se palpaba el ambiente de noticia.

Aún mejor fue aparecer en el centro de prensa del lujoso Hotel Marriot, situado en la misma Plaza de la República, ante los periodistas internacionales de Estambul, aquellos que apostaban a que jamás llegaríamos a tiempo para el partido. Golpeé ligeramente con el dedo a una colega francesa.

–¡Buenos días! –exclamé radiante. Se giró, me miró lentamente y tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba allí, en Ereván, en la sala de prensa, en el mismo lugar al que ella apenas había tardado un par de horas en llegar a bordo de un cómodo aeroplano.

–¡Oh!;Lo habéis conseguido!

Ninguno podía ocultar su cara de sorpresa, pero teníamos un duro día por delante y hubo que ponerse a trabajar. A veces, la victoria no se puede saborear por mucho tiempo.

Los servicios de prensa de la cancillería nos encomendaron a dos bellas jóvenes armenias que hablaban un inglés sin mácula para que resolviesen nuestras dudas. También los había turcoparlantes, que aconsejaban a los informadores turcos; rusoparlantes, hablantes de alemán... el gobierno armenio se había preparado, sin lugar a dudas, para la avalancha de periodistas. Una de nuestras guías era Jasmik, una joven vivaracha e inteligente de profesión traductora. La otra, una directora de escuela y profesora de lengua inglesa de 25 años, de largas piernas y altos tacones, nariz y senos poderosos, unos ojos verdes magnéticos con forma de almendras enormes y una blusa atigrada, la misma moda hortera que los estambulíes venden a los rusos en los mercados de Laleli, en Estambul.

Las dos mujeres nos avisaron de que antes del encuentro habíamos

de registrarnos en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Armenia, en la acera frente al Hotel Marriot.

Allá, mientras unos cuantos operadores de cámara turcos se olvidaban de todo recostados en los butacones de la recepción, un funcionario armenio desesperaba explicando que, para entrar como periodistas al país, deberíamos haber solicitado un permiso del ministerio con anterioridad a las acreditaciones de la Federación de Fútbol Armenia, pero de eso nadie nos había informado. Finalmente, mientras farfullaba a un colega algo así como “¡Estos gilipollas de la Federación de Fútbol!”, accedió a hacernos pasar a una amplia sala con una larga mesa de madera a la que irremediamente iban llegando todos los informadores extranjeros. Tras pedirnos los pasaportes y hacernos firmar, nos expidió un documento que certificaba que el Ministerio había tomado nota de nuestra presencia en Armenia y de que todo estaba en regla, al menos eso nos explicó él, porque en el papel, un folio suelto, hasta mi nombre estaba escrito en armenio, otro idioma con un alfabeto igualmente bello que el georgiano, aunque totalmente diverso, e igualmente ininteligible para cualquiera no versado.

Nostalgia del monte Ararat

El centro de Ereván, construido en forma circular en torno a la Plaza de la República, es un conjunto agradable de edificios en estilo neoclásico, levantados durante los años veinte y treinta del pasado siglo, cuando la pequeña capital armenia se desarrolló bajo los órdenes del entonces ingeniero jefe del Consejo de Comisarios del Pueblo, Alexander Tamanian, un arquitecto armenio del Krasnodar (en el sur de Rusia), cuya estatua de grandes manos se erige a los pies de la escalinata que conduce al monumento del Cincuenta Aniversario de la Armenia Soviética, hoy prácticamente engullido

por las grúas de la nueva construcción.

En los alrededores de la plaza en honor al cantante franco-armenio Charles Aznavour y del Cine Moscú, otro de los edificios emblemáticos de la ciudad –donde se exhiben los últimos éxitos internacionales, muchos de ellos en ruso–, los habitantes pasean comiendo helados. Los salones de belleza abren sus puertas prácticamente en cada esquina. Parece que en esta ciudad sea el negocio más floreciente, que no haya más necesidad que las uñas postizas, los maquillajes permanentes, las pestañas rizadas sobre sí mismas en volutas imposibles. Y eso que los rostros de las mujeres armenias, de gallardía mestiza y rasgos híbridos iraníes, rusos y turcos, no precisan de tanto cosmético. Pero ellas insisten, enjabelgan sus rostros con capas y más capas de polvos, quizás no para ocultar su físico, sino las huellas de un pasado reciente de privaciones rurales, un modo de identificarse con la modernidad urbana y situar un abismo diferencial con sus compatriotas campesinas. O podría ser otra cosa.

Para descubrir la realidad había que fijarse bien y decidirse a entrar en la vida de los habitantes del país, cuya puerta son los amplios patios interiores de las enormes manzanas soviéticas de Ereván, donde se organizan los pobres mercados de productos alimentarios. Sobre plásticos en el suelo o pequeños tenderetes, los vendedores extendían sus frutas y verduras y mujeres y hombres iban de un lado a otro con grandes bolsas de la compra. En medio de tantas ansias de renovación, estos lugares recuerdan que la mitad de los armenios se encuentran por debajo del nivel de la pobreza y el 30 por ciento sobreviven con sólo un euro y medio al día.

Tras cambiar nuestros euros por dram armenios en una oficina bancaria, un hombre salió corriendo tras nosotros. “¿Españoles?!”, preguntó, prácticamente dándolo por sentado. Era un joven largo y fuerte, bien vestido, de rostro moreno surcado por la cicatriz que, luego lo supimos, le había provocado un accidente de automóvil. Se

llamaba Karo. Procedía de una familia armenia de Estados Unidos pero, tras haber vivido largo tiempo en Los Ángeles y un año en México, decidió trasladarse a Ereván, donde vivía “una de sus novias”. Señaló a un gran hospital edificado en estilo soviético, del mismo color arenisco que el resto de los principales edificios de la ciudad. “Allí trabaja”. Ahora recorría sin rumbo las calles de Ereván en busca de un empleo.

–Quiero pedir trabajo en la embajada americana, ¡los armenios no pagan una mierda!

La embajada de Estados Unidos, situada en una de las entradas de la ciudad, junto a la destilería que encabeza uno de los puentes sobre el río Hrazdan, es un punto importante de la ciudad, no sólo para aquellos que, como Karo, buscaban trabajo en aquellos días de paro y pobreza, sino también porque, en ese pequeño territorio tan plagado de intereses encontrados que es el Cáucaso Meridional, es uno de los cuarteles desde donde defender los intereses estadounidenses.

Pero Karo era sólo un golfillo, interesado en trabajar para los americanos tanto como podía haberlo estado en hacerlo para los rusos si su vida hubiese tomado otros caminos, empeñado en que mi hermano y yo le acompañásemos en sus juergas nocturnas: “Guapas muchachas, las armenias ¿eh?”, preguntaba en su modesto español. ¡No íbamos a negarlo! Le respondíamos con evasivas, pues yo estaba más interesado en conversar de otras cosas. Aparte de la lengua castellana, el joven armenio hablaba inglés, armenio y turco. Su familia era originaria de Anatolia, de donde había huido tras la matanza de 1915.

–¡Claro que hablo turco! En casa, cuando no querían que me enterase de lo que decían, mi madre y mi abuela hablaban en turco. Así lo aprendí, tratando de entender lo que me escondían.

Nos despedimos, no sin que antes nos hubiese hecho prometerle que nos uniríamos a sus correrías noctámbulas, y se fue tras sus muchachas y su búsqueda infructuosa de empleo.

Sólo hay una cosa que abunde más en Ereván que los salones de belleza: las referencias al monte Ararat, allá donde, según la Biblia, quedó encallado Noé con sus bestias. La principal marca de coñac, el primer equipo de la liga de fútbol, la gran destilería que domina la entrada a la ciudad, bancos, hoteles, tiendas llevan Ararat por nombre. En las postales, burdamente retocadas, la mítica montaña se alza inmensa sobre la ciudad. Tan sólo se encuentra a 40 kilómetros, pero en territorio turco y, con las fronteras cerradas, es como si se alzase fuera de los límites del mundo. Un mundo del que los armenios fueron expulsados y ahora recuerdan como si se tratara del paraíso perdido.

Un grupo de ancianos venidos desde Estados Unidos visitaba el Museo del Genocidio Armenio cuando llegamos. El memorial a las víctimas, levantado en la cima del parque Tsitsernakaberd, asemeja un búnker o un monolito espacial. Acercarse a la llama que arde desde hace años y escuchar la música fúnebre que surge de sus entrañas erizaba el vello de emoción.

Los ancianos norteamericanos descendían de los supervivientes de las deportaciones otomanas de 1915. ¿De dónde sois? Y su enumeración sonó como un lamento: “Yo soy de Diyarbakir, yo de Bitlis, yo de Kars, yo de Erzurum...”. Todas ellas provincias turcas.

La cuestión del llamado genocidio armenio continúa siendo espinosa, especialmente en Turquía, y la historia que cuenta cada una de las partes es completamente diferente. Un año antes, en la ciudad oriental turca de Erzurum había encontrado que en una antigua madrasa medieval también había un pequeño museo sobre el Genocidio Armenio, pero del que los armenios habían cometido supuestamente sobre los turcos. En viejos paneles que intentaban remedar el Museo del Genocidio de Ereván, se exhibían fotos de las fosas comunes excavadas por los turcos y la historia de la luchas entre armenios y turcos desde el punto de vista de Turquía; tal y como hacía el museo armenio pero justo al contrario. Por eso, ante

unas versiones que disienten en tal grado lo mejor es cotejar las dos historias para hacerse una idea de lo que pasó en aquellos años.

La historia comenzó a revolverse a mediados del siglo XIX. Los armenios eran, en buena parte, uno de los motores económicos del Imperio Otomano, principalmente en su capital, donde ocupaban buenas posiciones bien relacionadas con la corte del sultán: banqueros, arquitectos, empresarios... Durante siglos habían sido considerados la “minoría leal”, entre todas aquellas que conformaban el multiétnico estado otomano, pero, como en muchos otros países, los armenios no permanecieron insensibles a las nuevas ideas nacionalistas del tiempo que el historiador británico Eric Hobsbawm definió como la Era de las Revoluciones.

En 1839, el Edicto de Gülhane, una de las primeras reformas liberales del Imperio, proclamó la igualdad de todos los ciudadanos sin distinción de etnia o religión y 25 años más tarde el gobierno otomano aceptó las Regulaciones de la Nación Armenia, una serie de 99 puntos que otorgaban un importante autogobierno a la comunidad armenia otomana a través de su consejo de ciudadanos. Pero las ideas nacionalistas y románticas se extendían por todo el continente europeo y durante esos años comenzaron a formarse asociaciones nacionalistas armenias que buscan la creación de un estado propio.

No todos los armenios eran seguidores de las tesis nacionalistas, como lo demuestra un llamamiento del patriarca armenio Nerses poco antes de la guerra ruso-turca de 1877-1878: “Si la nación armenia ha sido protegida como nación hasta hoy, y conserva sus creencias, iglesias, lengua y valores históricos y culturales, es gracias al apoyo, ayuda y caridad que el gobierno turco ha garantizado a la nación armenia. El destino ha atado a los armenios a los turcos. Por esta razón, los armenios no pueden ser indiferentes a los severos días de guerra que sufre el Estado (Otomano). Al contrario, tienen que ayudar como han hecho siempre. Un armenio que ama su país ayudará a la nación armenia ayudando al Estado (Otomano)”. Sin

embargo, tras la contienda, que venció Rusia, el estado otomano no llevó a la práctica las reformas en favor de las minorías a que se había comprometido y cada vez más armenios comenzaron a ver al Imperio Ruso como el mejor protector de sus intereses.

Alegando que los armenios estaban abultando las cifras de población de los catastros a su favor para aumentar su poder, el sultán Abdulhamid II creó bandas de irregulares kurdos para que se encargasen del problema armenio y les dio carta libre para la represión. A su vez, una nueva recolección de impuestos ordenada desde Estambul, fue considerada abusiva por la población armenia y provocó grandes revueltas en el este de Turquía. Estas revueltas se convirtieron en la excusa perfecta para el gobierno del sultán, determinado a resolver la cuestión armenia *a su manera*, y sus bandas de irregulares kurdos asesinaron entre 1894 y 1896 hasta a 300.000 armenios, según fuentes armenias.

En 1905 un grupo de nacionalistas probablemente ligados al *Tashnak*, nombre con que se conocía a la Federación Revolucionaria Armenia, intentó asesinar al sultán, que ya los armenios llamaban “El Gran Asesino” por su dura política contra la población armenia. Comandados por el anarquista belga Edward Jorris, los nacionalistas armenios prepararon una bomba que debía explotar a la salida del carruaje del sultán Abdülhamid II tras el rezo musulmán en la mezquita de Yildiz. Como cada viernes, el sultán asistió al rezo acompañado de su séquito a la misma hora que siempre, pero tras la oración se detuvo unos minutos a conversar con el *Sheyhülislam*, la mayor autoridad religiosa del Imperio, y esos instantes de retraso fueron los que le salvaron la vida, pues, durante su conversación con el piadoso hombre, explotó la bomba armenia matando a 26 personas, destrozando coches e hiriendo a las monturas.

A este frustrado atentado contra el sultán siguió una dura represión de las fuerzas turcas en el este del país y los nacionalistas armenios comenzaron a conseguir armas de las grandes potencias, en especial

de Rusia. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, los grupos nacionalistas extendieron la consigna de provocar revueltas cuando el ejército ruso comenzase a invadir el oriente de Anatolia a fin de conseguir un estado independiente. Entonces comenzaron las masacres por parte de ambos bandos.

En 1915, el ministro del Interior otomano, Talat Pasha, ordenó la deportación de la población armenia a los desiertos de Siria acusándola de colaborar con el enemigo. La noche del 24 de abril comenzó el proceso con la detención en Estambul de dos centenares de notables armenios, que fueron enviados lejos de la entonces capital otomana, y durante todo ese año se sucedieron las deportaciones hasta sumar 924.158 personas, según escribió el mismo Talat en su cuaderno y reveló en 2005 el diario turco *Hürriyet*. Escoltados por escuadrones de kurdos que, además, ansiaban ocupar las propiedades de los armenios en el este, y en penosas condiciones higiénicas, la mayoría de los deportados murió de hambre, enfermedades o asesinados. Según fuentes armenias, habría que elevar la cifra de muertos hasta el millón y medio. De acuerdo a la versión turca, durante la retirada del ejército ruso tras la Paz de Brest-Litovsk (1918), los armenios, decepcionados, la pagaron con la población civil musulmana matando a cientos de personas.

Lo más penoso de las discusiones sobre quién comenzó qué y quién mató a cuál es que se olvida el triste resultado de este infausto episodio histórico: la enorme pérdida cultural y humana para los dos pueblos. Cuando visité en 2007 la provincia norteña de Tokat, en Turquía, en un apacible meandro del riachuelo que se dirige a la villa de Niksar, encontré una piedra de molino que descansaba enterrada con un mensaje escrito en caracteres armenios. Nadie en el molino entendía qué decía, ni sabía quién pudo inscribir esas palabras en la roca, pues en Niksar todo rastro de la presencia armenia había sido borrado. En Niksar, en Erzurum, en Kars nadie duda en mostrar orgulloso los vestigios de todos los pueblos que dejaron su huella:

griegos, romanos, persas o árabes, pero de la herencia armenia no hay apenas memorias ni rastros.

El recién nombrado director del Museo del Genocidio Armenio de Ereván, Hayk Demoyan, era un hombre inteligente que no estaba dispuesto a hacer concesiones a la propaganda y prefería incidir en la historia común de turcos y armenios durante el Imperio Otomano antes de los trágicos acontecimientos del inicio de la Primera Guerra Mundial. Se mostró encantado de recibirme en su espartano despacho con claraboyas de búnker.

Demoyan agarró un ejemplar de una antigua revista deportiva armenia de inicios del siglo XX. En su portada se veían los retratos fotográficos de dos fuertes luchadores turcos.

–Hacíamos deporte juntos, vivíamos juntos, comerciábamos juntos. Nuestra misión en el futuro debería ser recuperar esta convivencia. El genocidio es parte de la historia común de Turquía y Armenia y es parte de nuestro sufrimiento común –comenzó el historiador–. Por eso lo recordamos, nos lo grabamos en la memoria y se lo pasamos a las generaciones futuras, porque el que olvida está condenado a repetir la historia. Además, muchas naciones acogieron a los armenios en Oriente Medio, en Canadá, en Estados Unidos, en Grecia, en Italia, en Bulgaria, en Suiza, en Francia... Reconociendo el genocidio armenio, muchos de estos países están preservando su propia historia.

–¿Qué piden a Turquía, señor Demoyan?

–Yo no quiero nada de Turquía, sólo tengo un deseo para ellos –dijo con voz suave. Bueno, aquello era todo un punto a su favor: nada de exigencias territoriales, nada de propaganda nacionalista. El director del museo sabía como presentarse ante la opinión pública extranjera– Mi deseo es que las nuevas generaciones de turcos respeten su propia historia, que la conozcan al completo y sin distorsiones. Ellos también son víctimas de algún modo, víctimas de la negación de la historia.

–La versión turca de los hechos de 1915 afirma que se trató de una acción contra los armenios que ayudaban al Imperio Ruso a conquistar el este de Anatolia y que también ellos mataron a cientos de miles de turcos –afirmé inquisitorialmente. Mi objetivo era confrontarle a una explicación totalmente diferente, para saber hasta que punto llegaban sus convicciones.

–¿Cómo podría una población a la que se le negaba el derecho a poseer armas matar a una comunidad dominante? Sí que es cierto que en torno a 6.000 ó 7.000 armenios de la Armenia rusa se enrolaron como voluntarios en el ejército del zar. Pero también había 60.000 ó 70.000 armenios ciudadanos del Imperio Otomano que servían en su ejército –Eso era reducir las cifras espectacularmente. En las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX, se produjeron levantamientos nacionalistas armenios en buena parte de las ciudades del oriente otomano. Demoyan comenzó a hacer caso de mis aspavientos–. Algunos turcos fueron asesinados, es cierto, pero por aquellos armenios que perdieron a sus familiares y que se alistaron en el ejército ruso buscando venganza. No digo que sea defendible, pero sí que se puede entender.

–Los armenios dicen que murió un millón y medio de personas, los turcos 300.000. Historiadores independientes sitúan la cifra entre 600.000 y 800.000 asesinados.

–Mira, en el reciente conflicto entre Georgia y Rusia nadie es capaz de ponerse de acuerdo sobre el número de muertes, lo que demuestra que no es posible determinar los números exactos de víctimas en las guerras. Pero, si, como dicen los turcos, no hubo genocidio hay que preguntarse, ¿por qué no quedan armenios en el este de Anatolia?

Ésa era una buena respuesta y comencé a vislumbrar que no me había preparado lo suficiente para medirme intelectualmente con ese tipo pero no quería rendirme, por lo que le pregunté acerca de la oferta que hicieron al final de la Primera Guerra Mundial tanto el gobierno del sultán otomano como el de los nacionalistas turcos para llevar a

los tribunales a los responsables de las matanzas de armenios. Mis apuntes decían que las grandes potencias de la época –Gran Bretaña, Francia, Italia e incluso Estados Unidos– se habían opuesto a que los antiguos dirigentes del ejército otomano fuesen juzgados en base a la ley turca, aunque luego presionaron al sultán, rehén de los grandes poderes, para que el proceso diese comienzo primero en la Estambul ocupada y luego en la isla de Malta a partir de 1920. El telegrama con la declaración conjunta de los grandes poderes sobre el Genocidio Armenio decía así: “Vistos los nuevos crímenes de Turquía contra la humanidad y la civilización, los Gobiernos Aliados anuncian públicamente a la Sublime Puerta que considerarán responsables de estos crímenes a todos los miembros del Gobierno Otomano, así como a otros de sus agentes implicados en tamañas masacres”. El objetivo, como se verá luego, no era colgar a los asesinos, sino culpar a todo el país para repartirse el territorio del moribundo imperio.

–Las grandes potencias habían utilizado desde finales del siglo XIX las violaciones de los derechos de las minorías para interferir en los asuntos del Imperio Otomano. Ésta era su política. En ese momento, lo que interesaba era mantener bajo control el gobierno otomano. El periodo fue un tanto caótico porque tras la guerra hubo un intento de juicio en una corte otomana, pero luego los grandes poderes, que temían la influencia de la Rusia bolchevique en el nuevo gobierno republicano de Mustafa Kemal Atatürk y querían atraérselo hacia sí, dejaron de interesarse por estos juicios y organizaron la escapada de los detenidos. Aunque las sentencias de muerte que se pedían para los responsables nunca llegaron a aplicarse, hubo ‘grupos especiales’ de armenios establecidos para castigar a los autores del genocidio que los capturaron en diferentes sitios y los mataron.

El Tashnak ya había decidido años antes de que comenzase el juicio *encargarse* personalmente del destino de aquellos a los que creía responsables de la suerte del pueblo armenio y encomendó a un joven nacionalizado estadounidense y superviviente de las

primeras matanzas de armenios, Shahan Natalie, dirigir la operación *Nemesis*. Los ex dirigentes otomanos que habían tomado parte en la planificación del genocidio fueron, poco a poco, cayendo: Talat Pasha, en Berlín; Cemal Pasha, en Tbilisi; Said Halim, en Roma; Bahattin Sakir, en Berlín... Varios armenios, tildados de “traidores” por colaborar con los turcos, fueron también ajusticiados en Estambul. Enver Pasha encontró la muerte, él mismo, en su aventura panturquista de Asia Central.

–¿Qué me dice de la comisión propuesta por el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, para estudiar conjuntamente los hechos y que rechazó el gobierno armenio? –volví yo a la carga.

–No la rechazamos, pero queríamos que se enmarcase en un esfuerzo superior por mantener un diálogo más amplio con Turquía. Somos vecinos y tenemos que hablar de nuestros problemas. Por eso creo que la visita del presidente Gül ha sido un paso positivo. Estoy a favor de sentarme con nuestros colegas historiadores turcos y tomarme un café turco con ellos si hace falta.

Ya me disponía a dar por concluida la conversación cuando Demoyan me hizo un regalo imprevisto:

–¿Sabías que hubo un nombre más en la lista de los sentenciados a la pena de muerte en Malta? –interpeló, para luego añadir con voz de misterio– Mustafa Kemal Atatürk.

–¿Atatürk?! Ejem, –carraspeé al oír el nombre del fundador de la moderna República de Turquía– Atatürk no estuvo implicado en el genocidio.

–No, no estuvo directamente implicado porque estaba a cargo del ejército de los Balcanes. Fue sentenciado como uno de los líderes del partido de los Jóvenes Turcos, pero él no participó en las masacres. Es más, he encontrado nuevos documentos que prueban que Atatürk salvó de la deportación a una caravana entera de armenios y los devolvió a su hogar. Durante su campaña en el este de Anatolia, Atatürk detuvo un tren y demandó: “¿Quiénes sois?” –comenzó

a relatar el historiador con voz impostada– “Somos armenios”, le respondieron. “¿Y por qué estáis aquí?”. “Fuimos arrestados y deportados y se nos ordenó abandonar nuestras pertenencias”. Él preguntó “¿Quién?”. “El gobierno local y los gendarmes”. “Volved a vuestras casas, es una orden”. Probablemente gracias a esta orden cientos de armenios se salvaron de la muerte. No tenemos derecho a esconder ningún dato. Se trata de la Historia. Lamentablemente este es un hecho del que los historiadores turcos no tienen ni idea.

¡Atatürk salvando armenios! Vaya, esto iba a ser un notición en Turquía. Entonces comencé a pensar por qué no se sabía y por qué era conveniente mantenerlo oculto. El primer presidente de la República de Turquía y líder de la Guerra de Independencia es un personaje idolatrado cuyo comportamiento es modelo para los turcos y si él había ayudado a los armenios a escapar de la muerte, eso... ¡Eso significaría reconocer que el genocidio había existido! Y aún más ¡significaba que lo correcto hubiese sido ayudar a una población a la que los nacionalistas turcos aún consideran quintacolumnista! Delante de las grises inscripciones del memorial armenio ...1915, 1916, 1917... las últimas palabras de Hayk Demoyan resonaban en mi cabeza: “Por eso nunca lo sabrán”.

¿Cómo que no? ¡Yo conocía a un buen puñado de personas con las suficientes agallas para publicarlo! ¡Vaya que sí! Después de todo, muchos periodistas turcos no son para nada unos cobardes y no se amilanan a la hora de divulgar historias que les puedan costar el pellejo. Y si no, ahí está la larga lista de mártires de la prensa de Turquía como Hrant Dink, Ugur Mumcu o Abdi Ipekçi, muertos en extrañas circunstancias por investigar o denunciar temas *poco convenientes*.

Al salir del museo, desde el otero de Tsitsernakaberd, entre las placas a las víctimas armenias de las matanzas otomanas, entre hierbas, flores y el tañer de las campanas, el monte Ararat había desaparecido de la vista en medio de la neblina de septiembre, pero

los habitantes de Ereván sí que sentían su presencia. Una presencia anímica, espiritual, que se lleva sobre los hombros del corazón y que pesa como el lastre de la Historia.

Decidimos entonces bajar al centro de la ciudad y pasear un rato entre los puestos del Vernisage, el mercadillo de arte y objetos curiosos de los fines de semana. Antiguos científicos, cineastas, académicos, cuya titulación parece no satisfacer las exigencias del nuevo régimen capitalista, vendían piezas de cañería, viejas chapas de la Unión Soviética, bordados, recuerdos y pinturas. En algunos tenderetes colgaban también camisetas-souvenir con lemas nacionalistas: ‘Orgullo Armenio’ o con el mapa y la bandera del Nagorno-Karabaj. Parecían cortadas por el mismo patrón que las que se ofrecen en mercadillos nacionalistas de Cataluña o el País Vasco, como si una marca Pueblossinestado S.A. las fabricase todas.

Al contrario que en Turquía, en el Vernisage no existía ese espíritu comerciante de siglos de los bazares turcos, donde los vendedores agasajan con ofertas al comprador, se divierten con el regateo y entablan conversación. No, en aquel mercadillo los vendedores aguardaban callados en sus sillas o jugando al ajedrez con el compañero del puesto vecino y, si el comprador les ofrecía un precio más bajo, giraban la cabeza con gesto de hastío y volvían a su aburrido esperar.

En el pasaje donde se concentraban los artistas, Vardan pintaba panoramas nocturnos y paisajes bucólicos con el Ararat engrandecido.

–*No speak English... ¿German? ¿Russian? ¿Spanish!* –preguntó Vardan cuando nos acercamos–. Viví varios años en Barcelona y en Malgrat. En Lloret de Mar (donde hay una comunidad armenia estable) sólo me quedé tres meses, trabajaba en una fábrica. La ciudad era perfecta, la gente también era perfecta, pero, ya se sabe, cuando uno está solo, extraña la tierra y yo tenía aquí a mi familia. Ahora extraño Barcelona. ¿No es complicada la vida

El odio

La hora del partido se acercaba y todos los periodistas nos habíamos desperdigado en busca de nuestras propias historias, así que mi hermano y yo optamos por ir a comer. La gastronomía armenia es tremendamente variada como no puede ser de otra forma en un país del Cáucaso, situado entre grandes culturas heterogéneas como la rusa, la turca y la persa. Los cocidos son potentes, con abundante carne de cerdo o cordero flotando entre las verduras y la pasta, así que decidimos dejarlos para otro momento. Pedimos como entrante un par de *lahmaj*, la versión armenia del *lahmacun* anatolio, cuya receta se trajeron de la provincia turca de Gaziantep los armenios expulsados del Imperio Otomano y han guardado con amor generaciones de cocineros. Se trata de una torta cubierta de carne picada, cebolla y, si los hay, pistachos, que se sirve horneada. De plato principal elegimos trucha rellena de hierbas y envuelta en pan *lavash* y ternera a la Stroganoff. A pesar de que no era una buena elección a las tres de la tarde y con más de 30 grados de temperatura en el exterior, quisimos probar el vino de granada, una fruta presente en toda la mitología armenia, pues simboliza la fertilidad, la abundancia y el matrimonio. Aún más, para un pueblo como el armenio que ha engendrado reinos desde la Antigüedad y ha sido sepultado otras tantas veces, este fruto tan especial podría también portar en sí el significado de la esperanza pues, al destrozarse la unidad de la granada, surgen de su seno numerosas semillas dispuestas para germinar campos enteros de granados. El vino era sabroso aunque se hacía pesada su digestión de licor dulce y sus 16 grados de alcohol.

Detrás nuestro se sentaron dos periodistas turcos, uno de los cuales pasaba las cuentas del *tespih*, el rosario musulmán. Pidieron de comer, a pesar de que estábamos en pleno Ramadán, en su inglés de turcos, tan chusco como el de nosotros los españoles, y explicaron a la camarera qué querían: *kebab* y *ayran* (la típica bebida turca a

base de yogur, agua y una pizca de sal). Y también una cerveza.

–But in the kebab, no pork, understand? No pork.

Probablemente cause extrañeza la peculiar forma de seguir las costumbres religiosas de estos dos hijos de Anatolia, pero en Turquía cada uno es muy libre de llevarlas como bien le venga en gana. No ayunar en Ramadán cuando coincide con el verano y sí hacerlo cuando es en invierno (son menos horas de luz y por tanto más fácil de sobrellevar); combinar el alcohol y el desgranar las cuentas del rosario (especialmente durante los partidos de fútbol); son escenas conocidas en Turquía. Y pensándolo bien no es tan contradictorio. Después de todo, si el hombre ha creado las normas religiosas, ¿por qué no va a modificarlas a su antojo? Ya se sabe que *quien hace la ley...*

La simpática situación también me recordó a nuestro provincianismo patrio: ¡recorrer tantos kilómetros para comer lo mismo de todos los días!

De vuelta al centro de prensa del Hotel Marriot, me topé con Pinar y Turgan, dos miembros de la organización turca Genç Siviller (Jóvenes Civiles). Es una asociación que promueve el fortalecimiento de la sociedad civil en Turquía, por lo que tiene una gran importancia para el país euroasiático, ya que casi todas las oenegés turcas que presumen de serlo tienen un fuerte contenido político, bien sea kemalista, que en Turquía significa favorable a los militares y al nacionalismo, o cercana al islamismo moderado del gobierno. Las malas lenguas vinculan estas nuevas asociaciones turcas de pensamiento liberal al especulador de origen húngaro George Soros –una persona con tantísimos intereses en el Cáucaso–, porque, como ya se ha dicho, es difícil encontrar en Turquía oenegés sin un claro objetivo político. De cualquier forma, gente como Pinar y Turgan, que aún es escasa pero lentamente aumenta en número, apuesta por la resolución pacífica del conflicto kurdo, por doblegar el ejército al poder civil, por luchar contra los nacionalismos y por mejorar

las relaciones con países como Armenia. Y a eso habían venido a Ereván.

–Desde hacía meses pedíamos que el presidente Gül aceptase la invitación de Armenia y que asistiese al partido. Al final nos ha escuchado –comentó Pinar–. Pero también habíamos reclamado que Turquía abriese la frontera entre los dos países al menos por un día, como gesto de buena voluntad, pero en esto no nos han hecho caso.

Los Jóvenes Civiles me aseguraron que, si el gobierno turco les hubiese concedido su petición, 300 miembros de la organización se hubiesen plantado en Ereván. Pero ante la imposibilidad de llegar en autobús, 11 de ellos se decidieron a fletar un avión que financiaron con la venta de billetes a periodistas.

La noche anterior, en su propio gesto de buena voluntad, los once Jóvenes Civiles se emborracharon en fraternal compañía de organizaciones armenias similares. Cantaron y danzaron hasta altas horas de la noche para demostrar que la convivencia y los pasos de baile de turcos y armenios corren parejos.

–¿Ves? El fútbol ha demostrado ser un deporte diplomático –me dijo Turgan. Y era cierto. Ciertamente a pesar de que los estadios del deporte rey sean en más ocasiones altavoces de la violencia que del reencuentro.

–Seguimos exigiendo que se abra la frontera –continuó su compañera– y queremos que al paso fronterizo se le dé el nombre de Hrant Dink –el periodista turco de etnia armenia asesinado el 19 de enero de 2007 por las balas traidoras de un grupo ultranacionalista–. Sabemos que tanto en Turquía como en Armenia hay oposición, pero creemos que se puede superar con el diálogo, eso es lo más importante que puede aportar esta visita de Gül.

¡Y vaya si había oposición! En Turquía, la segunda formación de la asamblea nacional, el Partido Republicano del Pueblo (CHP), que se reclama centroizquierdista pero al que los socialdemócratas escandinavos han amenazado en repetidas veces con expulsar de la

Internacional Socialista por sus veleidades nacionalistas, se mostró en desacuerdo con la visita de Gül. El líder del CHP, Deniz Baykal, un dinosaurio de la política que jamás ha logrado ganar una sola de las elecciones a las que ha concurrido como jefe de filas de su partido, aún fue más duro: “Por lo que hemos visto hasta ahora, hay tres razones básicas para no ir a Armenia. Primera: Armenia aún no ha reconocido las fronteras nacionales de Turquía. Por parte de Armenia tampoco se ha aceptado la integridad territorial de Turquía. Segunda: Armenia continúa sosteniendo las alegaciones de genocidio contra Turquía. Tercera: Armenia ocupó y continúa ocupando el territorio de Azerbaiyán del Nagorno-Karabaj. Si me preguntasen a mí si iría al partido a Ereván, diría que prefiero ir a un partido a Bakú (Azerbaiyán)”.

El presidente de Armenia, Serj Sarkisian, cuando invitó a su homólogo turco al partido de fútbol como primer paso para normalizar las relaciones entre los dos estados, dejó bien claro que no habría requisitos previos para la negociación: ni demandas territoriales, ni exigencias sobre el genocidio. Digamos que Sarkisian, un democristiano de mirada perturbadora, nariz de estatua griega y boca dispuesta para el embate, se había convertido en un hombre pragmático tras las elecciones de febrero que lo llevaron a dirigir el gobierno a presidir el país. A los comicios acudía como la mano derecha del jefe de estado saliente, Robert Kocharian, un político enrocado en posiciones nacionalistas, y contendía contra Levon Ter-Petrosian, el primer presidente de la Armenia independiente y de talento más dialogador.

Sarkisian se hizo con el 53 por ciento de los votos pero, como ocurre en los otros dos países de la Transcaucasia, el recuento no estaba ni mucho menos claro. Los partidarios de Ter-Petrosian montaron en cólera y organizaron grandes protestas en las que miles de manifestantes marcharon contra el supuesto fraude electoral. Unidades de la policía y del ejército reprimieron duramente a los

manifestantes, mataron a varios de ellos y detuvieron a decenas de personas, lo que el gobierno aprovechó para instaurar el estado de emergencia durante veinte días. Por tanto, la mano abierta de Sarkisian a Turquía podía leerse esos días en clave interna: un modo de recuperar parte de la reputación perdida.

De hecho, Ter-Petrosian y los suyos, que desde el fin del toque de queda habían mantenido puntualmente sus protestas semanales contra la presidencia, decidieron declarar una tregua para no estorbar las negociaciones con Turquía. Ahora, quienes protestaban eran los partidarios de Kocharian, el antiguo mentor de Sarkisian, al que le disgustaba el nuevo rumbo de su pupilo, y el histórico *Tashnak*, la Federación Revolucionaria Armenia. Desde media tarde, brigadas enteras de militantes del *Tashnak* se habían repartido por las calles de la capital que la comitiva oficial del presidente turco recorrería tras aterrizar en el aeropuerto, enarbolando banderas y carteles con la fecha de 1915.

Los *tashnak* conforman el partido más antiguo de Armenia, fundado en 1890, y persiguen una política socialista moderada y nacionalista radical. Aún poseen apoyos dentro del país (aproximadamente el seis por ciento de los sufragios), pero son especialmente reputados entre la Diáspora Armenia, sobre todo la de América Latina, Europa y Oriente Medio, bastante menos en la estadounidense. Uno de sus portavoces aclaró ese mismo día que su partido no se oponía a la negociación con Turquía pero no estaban dispuestos a olvidar ni a perdonar. Además, tenía varias reclamaciones que hacer a sus vecinos turcos: una era la incorporación a Armenia de una buena parte de la región turca de Anatolia Oriental; otra, el reconocimiento oficial del genocidio armenio y el pago de reparaciones a las víctimas y la tercera, que la República de Armenia nunca, nunca tuviera que abandonar el control del Nagorno-Karabaj.

Para entender la importancia de este pedazo de tierra de 8.223 kilómetros cuadrados en la política armenia, basta con echar un

vistazo a la hoja de servicios de los jefes de estado armenios desde la independencia de la Unión Soviética.

El primer presidente, Levon Ter-Petrosian (1991–1998), fue arrestado en varias ocasiones en la década de 1980 por la policía soviética por participar en el Comité Karabaj, integrado por intelectuales armenios que exigían la unificación de ese territorio azerbaiyano con Armenia.

Robert Kocharian, presidente de la república armenia entre 1998 y 2008, nació en Stepanakert, la capital del Nagorno-Karabaj, y fue el primer presidente (1994–1997) de esta república –cuya independencia no es reconocida por la ONU– tras su separación de Azerbaiyán gracias al apoyo de Armenia.

El actual jefe de estado, Serj Sarkisian (que gobierna desde 2008), también nació en Stepanakert y ascendió rápidamente en los cuadros del Partido Comunista local y del Partido Comunista Armenio hasta que, al crecer las tensiones entre los karabajos y el poder central de Azerbaiyán, se encargó de organizar las fuerzas de autodefensa. Esto le valió el reconocimiento de Ereván y allí trabajó en la preparación del nuevo ejército armenio, al que dirigió en varias batallas de la Guerra de Nagorno-Karabaj. Ocupó el puesto de ministro de Defensa y secretario del Consejo de Seguridad Nacional de la República de Armenia antes de ser elegido primer ministro y, luego, presidente.

En la política armenia, el Nagorno Karabaj es lo que la República Turca del Norte de Chipre a la política turca. Ambos territorios son considerados las *patrias-hijas* que necesitan del cuidado y la protección de la *madre-patria*, Armenia o Turquía, dependiendo del caso, lo que en la práctica significa la permanencia de un fuerte contingente militar en los territorios secesionistas violando las leyes internacionales. Y a pesar de lo similar de ambas situaciones, un nacionalista turco siempre negará todo parecido, condenará “la ocupación armenia” del territorio amigo de Azerbaiyán y defenderá la “presencia de tropas de paz” en el norte de Chipre. Y al revés hará

un nacionalista armenio: condenará “la ocupación turca” de Chipre y defenderá la “presencia de tropas de paz” en el Nagorno Karabaj. “Son dos cuestiones completamente diferentes”, será la única frase en la que ambos nacionalistas estarán de acuerdo.

Cuando ese maestro del periodismo que fue Ryszard Kapuscinski consiguió penetrar en 1990 en el Nagorno-Karabaj disfrazado de piloto de la Aeroflot –pues todo acceso por tierra estaba bloqueado por las divisiones del Ejército Rojo y las milicias azerbaiyanas–, aquel era un enclave en estado de guerra donde nadie podía moverse libremente sin ser controlado por los oficiales rusos, los agentes del KGB o los irregulares armenios. Probablemente, según se desprende de su libro *El Imperio*, resultó uno de los viajes en los que más miedo pasó Kapuscinski.

En ese “cóctel explosivo” que venía gestándose desde 1988 con constantes pogromos y amenazas de intervención de los países vecinos y estallaría sólo tres años después de la visita de Kapuscinski en una cruenta guerra con más de 15.000 muertos, el resentimiento entre armenios y azeríes era profundo y animal. “Aquí se odia y se mata, punto y final. Dejar escapar un: ‘Es un problema’ o un ‘No es un problema’ en el lugar equivocado o entre la gente equivocada, equivale a exponerse al estrangulamiento, a la horca, a la lapidación, a la pira”, explica el periodista polaco en el reportaje *La trampa* del mismo libro. “El suyo (el de los armenios y los azerbaiyanos) es un mundo pequeño, un puñado de montes y de valles. Un mundo simple: aquí nosotros, los buenos; allá los otros, los enemigos. Un mundo gobernado por la ley elemental de la exclusión: o nosotros o ellos”.

Hoy, el Nagorno-Karabaj y los territorios azeríes que lo circundan, y que también fueron ocupados por las tropas armenias, ya no son ese agujero negro de odios ancestrales *gracias* a la limpieza étnica de la guerra, pues allá sólo han quedado armenios. Es más, en nuestro hostel de Ereván se ofertaban viajes de tres días para visitar la región con bellos folletos en inglés en los que se invitaba a un bucólico

recorrido por los bellos paisajes karabajos: “Conoce cómo se hace el yogur a la manera tradicional armenia”, “Aprende a tocar el *duduk* (la flauta armenia)”.

El tema del Nagorno-Karabaj se halla, actualmente, en un extraño limbo de negociaciones. A pesar de que se suceden los encuentros entre delegaciones de Armenia y Azerbaiyán patrocinados por el llamado Grupo de Minsk (presidido por Francia, Rusia y Estados Unidos), este tema es en ambos países demasiado espinoso –y fructífero a la hora de explotarlo por los políticos autóctonos a fin de mantenerse en el poder– como para lograr una aproximación entre las partes. Según lo definió un grupo de periodistas caucásicos lo suficientemente visionarios como para escapar al nacionalismo local, la relación entre Armenia y Azerbaiyán discurre por un camino en el que “ni hay guerra, ni hay paz”, es decir, el conflicto se ha enquistado lo suficiente en quince años como para envenenar las relaciones vecinales, pero, al contrario que en otras disputas similares, no hay un peligro inminente de guerra entre los dos países, a pesar de la ausencia de una misión internacional de paz. No cabe duda de que el ojo vigilante de Moscú hace el resto, pues el gobierno de Bakú siguió con temor el desarrollo de la guerra estival entre Georgia y Rusia, en la que la victoria de los últimos despejó toda voluntad de intentar recuperar el Nagorno-Karabaj por la fuerza.

Sin embargo, queda claro, gracias a las encuestas desarrolladas en 2004 y 2005 por el Centro de Investigación Periodística Región, de Armenia, y el Instituto Paz y Democracia, de Azerbaiyán, que ambos pueblos se siguen odiando a causa del constante bombardeo propagandístico de sus respectivos estados y medios de comunicación. No en vano, este estudio indica que, para los armenios, los azeríes son “maliciosos, astutos, malintencionados, hipócritas, agresivos, insolentes, militantes, nacionalistas y vagos”; e igualmente, los armenios son para los azeríes “maliciosos, nacionalistas, hipócritas, insolentes y agresivos”.

Uno de los resultados más desconcertantes y entristecedores es el hecho de que, igual que sucede en los Balcanes, los matrimonios mixtos propios de la era comunista sean ahora, no sólo rechazados, sino considerados traiciones a la patria. “Quienes detentan el poder en Azerbaiyán deben saber que los hijos que nacieron de mujeres armenias son quienes han rendido (a los armenios) el territorio azerí”, escribía el diario *Yeni Musavat* en julio de 2004, denunciando como “enemigos internos” a los hijos de estos matrimonios mixtos. Y los armenios continúan llamando “turcos” tanto a los habitantes de Turquía, como a los de Azerbaiyán, estableciendo un paralelismo entre las matanzas de 1915 y la guerra de 1993.

Este odio entre los dos países es especialmente palpable entre los jóvenes de 16 a 25 años, es decir, entre quienes crecieron con el conflicto de Nagorno-Karabaj. Todo un éxito para la propaganda nacionalista gubernamental.

Un partido para la historia

A las siete de la tarde, dos horas antes del partido de fútbol entre Armenia y Turquía, los alrededores del estadio Hrazdan estaban repletos de seguidores ataviados con los colores rojo, azul y naranja de la bandera armenia y cantaban a coro: “Harastan! Harastan! (Armenia, en la lengua armenia)”. Los aficionados llegaban subiendo pesadamente la colina que da acceso al estadio, pero con cara de buen humor.

Al contrario de lo que sucede en otras latitudes, o quizás gracias al profundo significado del encuentro, había un gran número de mujeres en las butacas del Hrazdan. Sin embargo, las gradas nunca se llenaron al completo pues el precio de la entrada, 20 euros, desbordaba las posibilidades económicas de muchos ciudadanos armenios.

Los seguidores turcos superaban con poco los tres centenares: los

once militantes de los Jóvenes Civiles, un centenar de personalidades turcas y amigos de éstas en la tribuna VIP y, el resto, personas que se habían aventurado, como nosotros, en un viaje a través del Cáucaso para ver a su selección en el primer partido de clasificación para el Mundial de Sudáfrica 2010.

La selección turca saltó al terreno de juego y se escucharon fuertes silbidos de la grada. Aparecieron los armenios y todo fueron aplausos. Cuando los presidentes armenio, Serj Sarkisian, y turco, Abdullah Gül, saludaron desde el palco al inicio del partido, buena parte del público aplaudió sinceramente el gesto mientras, enfrente, un grupo de seguidores levantaban pancartas con las palabras “Reconocimiento” y “Reparación (del genocidio armenio)” escritas.

El árbitro noruego pitó el inicio del partido y el balón comenzó a rodar. Todas las miradas estaban puestas en el césped y, durante algo más de hora y media, la política quedó aparcada.

En el minuto 15, el jugador más rápido de la selección de Armenia, Artavazd Karamyan, se marchó por la banda tras regatear a prácticamente todo el centro del campo turco. Los seguidores, en la grada, comenzaron a bramar, olfateaban el gol, aunque pecaban de ingenuidad. Karamyan desperdició su ocasión con un pelotazo desmesurado, que un poco más y va a parar al vecino Azerbaiyán.

En realidad, el único combustible que movía a los armenios eran las ganas de lucirse en un partido que era mucho más que fútbol, en el que se jugaba la honra nacional de dos países enfrentados. En el césped, los turcos eran muy superiores y el equipo armenio adolecía de la falta de experiencia de un país que aún no ha alcanzado la mayoría de edad ya que, antes de su independencia, los jugadores armenios de valor –si los había– participaban en la selección de la Unión Soviética. En la escuadra armenia apenas había un jugador a destacar: el portero Román Berezovsky.

–Es que es casi ruso –me comentó un armenio. El portero se había educado en la liga rusa y había guardado las metas de conjuntos de

renombre como el Zenit de San Petersburgo o el Dinamo de Moscú—. En nuestra selección juegan diez armenios y un ruso, y se nota la diferencia.

Debido al entramado político que rodeaba el partido de fútbol es de entender que la mayoría de los periodistas se sentasen tranquilamente en las gradas a disfrutar del ambiente, pero un servidor debía además hacer la crónica de *tan interesante* encuentro, pues ambos equipos eran rivales de España en el grupo de clasificación. Ahí comenzaron los problemas. En la tribuna de prensa del Hrazdan, un estadio construido en 1972, no había más de diez enchufes, insuficientes para la inmensa delegación de informadores turcos e internacionales. Sillas sólo había para la mitad, pero eso se podía superar con un poco de paciencia y dolor de espalda. Así que hube de trabajar durante todo el encuentro apuntando las jugadas en un bloc de notas y mendigando electricidad a los periodistas turcos que habían llegado antes que yo para mi ordenador portátil, uno de esos llamados clónicos pero fabricado en España, un aparato a prueba de golpes y de baja autonomía energética.

Mientras tanto, el cielo se fue cubriendo de un ligero amarillo sulfuroso, una tormenta de arena. Yo luchaba contra el endiablado viento cargado de tierra que soplaba desde las montañas del Cáucaso y que meneaba constantemente las tapas de los ordenadores y hería los ojos. Allá estaban la era digital, la era moderna del hormigón y la edad antigua de las tormentas de arena luchando entre sí por alzarse con la victoria.

Tras el intermedio, los turcos consiguieron el gol durante una jugada en la farragosa área armenia, que más se parecía al embrollo de un patio de colegio que a un partido de clasificación para el Mundial. Kazim, nacido en Inglaterra de un padre caribeño y una madre descendiente de turcochipriotas y que posee el pasaporte de Turquía, consiguió entregar la pelota a Tuncay, que remató al fondo de las redes. Los aficionados del Hrazdan aguantaron la respiración.

Su selección no tenía nada que hacer. Cayó el segundo gol tras un par de remates de cabeza de los delanteros turcos que Semih introdujo una vez más en la portería armenia.

—¡Qué pena! —se lamentó nuestra guía, Jasmik—. Si hubiese ganado Armenia, habría habido cerveza gratis y fiesta durante toda la noche.

Había sido un encuentro sin brillantez, que no pasaría a los anales de la historia futbolística, aunque sí probablemente a los de la política internacional. Entre bastidores, un empresario armenio de Turquía me había dicho con una amplia sonrisa que, para que las negociaciones marchasen bien, los turcos tenían que vencer en el campo.

Domingo, 7 de septiembre

Las estanterías del supermercado

El ANA, el avión oficial del gobierno turco, despegó del aeropuerto Zvartnots poco después de las once de la noche. Sobrevoló las luces apagadas del estadio Hrazdan, del que los seguidores armenios se alejaban cabizbajos por la derrota. El presidente turco, Abdullah Gül, sonreía ante los periodistas que le acompañaban.

Gül es un político difícil de definir. Quién sabe si hace diez años podía vislumbrar aquel 6 de septiembre, aquella visita a Armenia, la primera de un jefe de estado turco. O quizás sí, quizás en su comportamiento pausado, de gestos amables y voz tranquila, algo traslucía sus intenciones. Quizás por eso sonreía.

Viéndolo en las fotos antiguas, en mangas de camisa junto a su padre, el señor Ahmet Hamdi, un mecánico cubierto con el bonete tradicional islámico y con el semblante apacible de los abuelos de la Anatolia rural y conservadora, y su madre, doña Advıye, cualquiera imaginaría más un futuro de campesino que de presidente de la República. Pero eso sólo lo pensaría alguien que no conoce Kayseri, la ciudad que vio nacer y crecer a Abdullah Gül.

Camino de Kayseri, en medio de la mísera estepa Anatolia, puro pedregal del que sólo despunta algún que otro caravasar de la antigua Ruta de la Seda, reluce un brillante cartel rojo que anuncia la

proximidad de un Mac Donald's. Hace sólo cincuenta años, Kayseri era una ciudad de artesanos y campesinos, cuyas escasas fábricas se mantenían con financiación del estado turco y un paquete de subvenciones de la Unión Soviética; en el núcleo urbano vivían sólo 50.000 personas. Una ciudad de provincias condenada a serlo por siempre, como el resto de las poblaciones vecinas.

Hoy son más de medio millón de habitantes en Kayseri, los polígonos industriales rodean la ciudad y los arquitectos se inspiran en estadios holandeses, en aeropuertos internacionales o en las pistas de esquí de Los Alpes para modernizar su infraestructura. El paro es escaso y la alfabetización casi completa.

Hay quien compara a los ciudadanos de Kayseri con los calvinistas. Puntuales observadores de los mandamientos religiosos, pero a la vez tremendamente emprendedores. Y con un gran sentido de la solidaridad ciudadana. El empresario triunfador se siente obligado a reinvertir buena parte de sus beneficios en la educación y el bienestar de su comunidad, levantando facultades o centros deportivos. El estado, que había condenado a Kayseri a continuar siendo una triste ciudad de provincias hasta el resto de sus días, no aparece por ninguna parte, nadie lo tiene en cuenta. Todo se basa en las más estrictas reglas del individualismo liberal. Puro Adam Smith con justificación coránica.

—La gente de Kayseri tiene una cultura del trabajo, de la producción y del comercio. Saben que si dan un paso correcto, ganan y si no, pierden. Por eso Kayseri cree en la globalización —me explicaba el alcalde de la ciudad, Mehmet Özhaseki, cuando la visité en 2008—. Somos conservadores, pero de un modo diferente. Constantemente miramos Internet y viajamos en busca de nuevas ideas. Somos gente abierta al cambio.

Ahí estaba la raíz del milagro económico de Kayseri. Y en ese ambiente de aldeanos del tercer milenio había crecido Abdullah Gül. De Kayseri a la Universidad de Estambul; de Estambul a las

escuelas económicas de Londres y Exeter; de Gran Bretaña al Banco de Desarrollo Islámico de Yida, en Arabia Saudí. Y, de ahí, otra vez vuelta a Turquía, como diputado nacional por su provincia natal en las filas del partido islamista *Refah* (Prosperidad).

Cuando los militares pararon los pies al *Refah* en 1997, él fue uno de los líderes que ideó la transformación de aquel movimiento islamista en una formación al estilo de los partidos democristianos europeos en versión musulmana: el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP). Sin embargo, no reivindicó para sí la dirección del AKP y permaneció a las órdenes de Recep Tayyip Erdogan, que se convirtió en el líder del recién nacido partido, llamado a escribir los primeros compases del siglo XXI en Turquía desde su victoria electoral en 2002. Incluso renunció, sin rechistar, a su puesto de primer ministro tras dos años de ejercicio una vez se resolvieron todos los impedimentos legales para que Erdogan, que anteriormente había sido inhabilitado para el ejercicio de la política, ocupase la jefatura del gobierno.

Gül tampoco levantó demasiado la voz cuando una serie de manifestaciones masivas de laicos nacionalistas, un comunicado del ejército y una triquiñuela judicial orquestada por la oposición impidieron que accediese a la Presidencia de la República, a pesar de contar con todos los votos necesarios en el parlamento. Esperó. Con su comportamiento sereno. Esperó. Su partido volvió a ganar las elecciones en 2007, esta vez con una mayoría aún más indiscutible. El gobierno podía elegir a quien gustase para ocupar la silla presidencial del Palacio de Çankaya, pero Erdogan meditaba la elección de un presidente que no irritase tanto a la cúpula castrense. Entonces Gül se plantó ante el primer ministro y le dijo que él sería el undécimo presidente de la República de Turquía. Y así lo fue.

Yavuz Baydar, uno de los periodistas que viajaba con Gül la noche del partido Armenia-Turquía a bordo del ANA, me comentó que, al contrario que Erdogan, más conservador en la política exterior por su falta de conocimiento de lenguas extranjeras y reluctante al diálogo

con países como Armenia, Gül siempre fue un diplomático activo y, en su puesto como ministro de Asuntos Exteriores (2003-2007), se ganó la simpatía de las cancillerías de medio mundo. La paciencia del agricultor que espera ver germinar la cosecha en la dura estepa; la astucia y la tenacidad del tigre anatolio. Quizás por eso sonreía ante los corresponsales de Presidencia en aquel trayecto de vuelta desde Ereván.

Gül llamó la atención a los periodistas sobre el hecho de que los armenios habían mantenido apagadas las luces del monumento al Genocidio Armenio durante su visita.

–El tema del llamado genocidio ni lo mencionaron en nuestro encuentro –dijo Abdullah Gül. El presidente armenio había cumplido su palabra–. Si este clima continúa todo irá por buen camino y se normalizarán las relaciones. Aunque por ahora no hay nada hablado –se apresuró a matizar–. Tampoco esperaba hablar del tema del Karabaj de una forma tan detallada a como lo hicimos. Creo que hemos roto un muro psicológico en el Cáucaso.

El jefe de estado armenio, Serj Sakisian, mientras tanto, respondía a su vez a los periodistas de su país:

–El presidente Gül me ha invitado a presenciar el partido de vuelta en Estambul. Lo considero un buen comienzo. Hemos coincidido en expresar nuestra esperanza de que seamos capaces en mostrar buena voluntad para resolver los problemas existentes entre nuestros países y no dejárselos a las generaciones venideras. He visto preparación, he visto voluntad para conseguir la estabilidad y la paz en la región, por lo que me siento muy feliz –aseguró Sarkisian.

La entrevista parecía haber transcurrido como la seda. Y eso que en lo que se refiere a la percepción del contrario, las relaciones entre turcos y armenios se situaban hasta hace poco al mismo nivel que los tratos entre armenios y azeríes descritos por Kapuscinsky.

“Los armenios con sus traumas, los turcos con sus paranoias se encuentran en un estado clínico similar. Para la identidad de ambos

el otro es ‘el Otro’ y esa ‘alteridad’ es la condición indispensable de su existencia”, había dejado apuntado el periodista turco de etnia armenia Hrant Dink antes de morir asesinado por las balas disparadas a sus anchas espaldas de periodista honrado por un joven nacionalista turco. Pero los políticos de uno y otro bando se comportaron a la altura de la situación. Aunque fuese pasando por encima del cadáver de Dink. El columnista turco Cengiz Çandar, que fue su amigo y compartió sus ideas, escribió tras la visita de Gül a Ereván: “Ay Hrant, era un día que tú tenías que haber vivido. ¡Era tu día! ¡Cuánto te echamos de menos!”.

Al día siguiente, gracias a los contactos de un compañero de trabajo, conseguí entrevistarme con una periodista armenia, Liana Sayadyan, del diario de investigación armenio *Hetq*, que nos condujo a la redacción de su periódico.

Se encontraba en un descuidado edificio de la época soviética, tanto, que parecería casi abandonado de no ser por la presencia del rotativo *Hetq* en la última planta, a la que se accedía con unos vetustos ascensores, casi a oscuras, tras recorrer un pasillo desconchado y ascender unas viejas escaleras. Esta imagen, de grandes moles de hormigón en estilo arquitectónico constructivista, fruto de una concepción racionalista del espacio y el hábitat, con la pintura desconchada y los cables fuera de sus cajas –que, por desgracia es muy habitual en la geografía ex soviética–, nos acompaña a todos como el símbolo de la desaparecida URSS. Pero, ¿es que estos edificios ya nacieron decrépitos? ¿No habrán hecho (o, mejor dicho, no hecho) algo los regímenes capitalistas autocráticos que han gobernado desde 1991?

En la oficina, un ático de gusto moderno bien surtido de libros y documentos por doquier, me recibió Laura Baghdasarian, una analista del grupo de estudios caucásicos *Region*. Me comentó que el acercamiento de Turquía a Armenia tenía mucho que ver con la situación general de la zona y, especialmente, con los cambios

geoestratégicos que había comportado la guerra veraniega entre Georgia y Rusia.

Según esta analista, la aproximación a Turquía de la parte armenia había comenzado a gestarse debido a lo que acontecía en Moscú durante la primera mitad de 2008. Tras una visita a Azerbaiyán del presidente ruso, Dimitri Medvedev, se reforzaron los lazos energéticos entre estos dos países y entonces, el presidente armenio, Serj Sarkisian, cursó la invitación a su homólogo turco para acercarse a Ankara, tradicional valedor de Bakú en la región, como Moscú lo es de Ereván.

–Se trata de algo normal y corriente: Armenia y Azerbaiyán siempre persiguen equilibrar la balanza geoestratégica. Cuando uno de los dos países da un paso adelante, el otro lo da en la dirección contraria, para mantener el equilibrio de poderes. Pero si no hubiese ocurrido la guerra entre Georgia y Rusia –prosiguió Baghdasaryan–, Gül probablemente no hubiese aceptado la invitación de Armenia.

Unos días después, el mismo presidente turco reconocería ante la prensa estos hechos: sin guerra ruso-georgiana, no hubiese habido acercamiento turco-armenio. Lo cierto es que delegaciones diplomáticas de Armenia y Turquía llevaban más de cinco años reuniéndose de forma secreta, aunque sin conseguir muchos resultados. Lo más importante era una acción que despertase la confianza de las dos partes y para ello era necesario un empujón que les moviese a ello. La tesis que barajaban aquellos días los medios de comunicación de Ereván era que el conflicto de agosto en Georgia había supuesto un duro golpe para la influencia turca en el Cáucaso y, por tanto, dando un paso hacia la mejora de relaciones económicas y políticas con Armenia –donde existe una fuerte presencia militar rusa–, Ankara conseguía retomar una importante posición como actor regional. Lo que había sorprendido a muchos en Armenia era la posición neutral que tomó Turquía durante la guerra entre Rusia y Georgia y que el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, volara

a Moscú y Tbilisi para proponer la idea de formar la Plataforma de estabilidad y Cooperación en el Cáucaso, con los tres países del Cáucaso Meridional, Rusia y Turquía.

–Hay que entender que Turquía, aunque es un importante aliado de Occidente y miembro de la OTAN, tiene sus propios intereses regionales, como se vio con su oposición a la Guerra de Irak. Tras la invasión estadounidense, Ankara teme el surgimiento de un Kurdistán independiente y eso le ha hecho acercarse un poco a Rusia y no intervenir a favor de Georgia –aclaró Baghdasarian.

Ahí las piezas comenzaban a encajar. Así que di sinceramente las gracias a Laura Baghdasaryan, y ella a mí dos pesados libros que contenían sesudos estudios sobre las políticas internas del Cáucaso. Me despedí y salí a la calle para recibir algo del cálido sol del fin del estío. Frente a mí se extendía un barullo de coches con los maleteros y las puertas abiertas de los que colgaban en perchas infinidad de vestidos y camisetas. En cuerdas extendidas de árbol a árbol se exhibían desgastadas alfombras persas. La gente correteaba de aquí para allá atendida por vendedores morenos, cigarrillo en mano.

–Cuando se produjo la guerra entre Rusia y Georgia vivimos momentos de crisis, ya que no llegaba gasolina ni pan. Dependemos de una forma tremenda de que las relaciones ruso-georgianas marchen bien –intervino Liana, la inteligente, afectuosa y regordeta periodista del diario *Hetq*, cuando vio que me interesaba por la actividad de aquel mercadillo.

El 80 por ciento de los límites territoriales de Armenia permanecen bloqueados por Turquía y Azerbaiyán desde 1993. Las únicas salidas por tierra del país son, al sur, Irán (país con el que está reforzando las relaciones) y, al norte, Georgia, su frontera más importante ya que desde allá llegan las mercancías de Rusia, indispensables para la supervivencia de los armenios. Tanto es así que, esa misma semana, uno de los periódicos de la oposición armenia, el *Haykakan Zhamanak*, ironizaba sobre el hecho de que, si Moscú decidiese

bloquear las carreteras en dirección a Georgia, los aviones rusos deberían lanzar ayuda humanitaria sobre Armenia, tan precarias son las comunicaciones de este país ex soviético con sus vecinos.

La independencia armenia de la URSS fue un tremendo golpe para la economía del país: entre 1991 y 1994 el PIB cayó casi un 60 por ciento debido a que Armenia formaba parte del complejo engranaje soviético y una tuerca, una rosca o una aguja sueltas no son capaces de marcar la hora como lo hace el reloj completo. Armenia continúa siendo un país pobre en el que más de un tercio de la población se las ve y se las desea para sobrevivir. La renta per cápita, que es un indicador que sólo tendría verdadero sentido en un mundo de perfecta justicia social, alcanza apenas los 3.700 euros, es decir, que incluso aunque toda la riqueza producida en un año se repartiese a partes iguales entre los armenios, cada uno dispondría de poco más de diez euros al día. A pesar de todo, durante los últimos años Armenia se ha desarrollado a un ritmo de crecimiento anual superior al 10 por ciento y, aunque la realidad social es muy distinta, ésta es la estadística que utilizan las instituciones financieras internacionales a la hora de conceder créditos y por la que se guían los inversores extranjeros. El comercio exterior de Armenia sigue siendo reducido: 2.817 millones de euros (60 veces menor que el de Turquía) y sus exportaciones sólo consiguen pagar un tercio de los productos que importa. De ellos, dos de cada tres llegan a Armenia a través de Georgia.

Necesitaba hablar con alguien que me explicase qué suponía vivir rodeado por fronteras infranqueables con apenas dos pequeñas salidas del país por tierra, como si se tratase de una inmensa garganta en la que hubiesen quedado atrapados todos los armenios. Necesitaba a alguien que conociese bien los entresijos de la economía y la política armenias.

Unos meses antes, en febrero, Armenia, Georgia y Rusia habían acordado establecer una línea marítima para el transporte de mercancías entre el puerto georgiano de Poti y el ruso de Kavkaz.

La línea, a pesar de partir de territorio georgiano, era de uso exclusivamente armenio y permitía comerciar directamente con Rusia, evitando la frontera terrestre ruso-georgiana que Moscú bloquea continuamente. Era una vía de escape para los empresarios armenios.

El primer cargamento de mercancías procedente de Rusia, en estos ferries de gran capacidad, llegó al puerto de Poti la noche del 3 de abril y de allá fue transportado en tren hasta Armenia. El gobierno de Ereván estaba exultante el día de la firma del acuerdo: así se reducirían drásticamente los costes de la exportación y la importación de mercancías, lo que a su vez obligaría a los ferries ucranianos, que también se dedican a exportar a Armenia vía Georgia, a reducir los precios, lo que a su vez repercutiría... “De ahora en un año, doblaremos la cantidad de mercancías exportadas a Rusia”, proclamó entonces el presidente de la Unión de Industriales y Empresarios de Armenia, Arsen Ghazarian, que también posee una importante empresa dedicada al transporte internacional, por lo que la línea Poti-Port Kavkaz era algo así como maná para sus negocios.

Pero los armenios no habían contado con que, durante el verano, los rusos iban a bombardear el puerto de Poti y los ferrocarriles georgianos. Ghazarian y otros como él debían haber perdido bastante dinero a causa del conflicto en Georgia. ¡Éste era mi hombre!

Arsen Ghazarian, un empresario gordote y afable, me recibió en la terraza del Hotel Marriot, donde tomaba el sol y un refresco con un grupo de colegas de negocios. Cuando me vio llegar se levantó de su silla y me estrechó la mano efusivamente: estaba encantado con el resultado de la visita de Gül a Ereván y su par de dientes de oro brillaba al sol de mediodía. Ghazarian es una persona cercana al entorno del presidente armenio Serj Sarkisian, así que sabía lo que se decía.

Cuando pasamos al interior del hotel para conversar en privado le pregunté por los efectos en Armenia de la guerra ruso-georgiana.

Su rostro se ensombreció. Obviamente no podía enfadarse con sus clientes, los rusos, pero sí con los que habían lanzado la primera piedra al escaparate:

–Otra vez los georgianos han vuelto a cometer el mismo error que en 1992: intentar recuperar Abjasia y Osetia del Sur por la fuerza y provocar a los rusos. Por momentos tuve una sensación de *déjà vu*, otra vez los camiones tenían que darse la vuelta en Georgia, otra vez cada bidón de gasolina valía su peso en oro –narró casi con lágrimas en los ojos. Realmente sus pérdidas debían haber sido muy, muy cuantiosas. El gobierno de Ereván había calculado que la guerra había hecho perder a Armenia unos 700 millones de dólares debido a la interrupción del comercio a través de Georgia y la huida de inversiones extranjeras.

Tampoco quería aguarle el día, así que, como él con sus negocios, decidí volver mi vista a las relaciones comerciales entre Turquía y Armenia, pues Ghazarian era uno de los co-presidentes del Consejo de Desarrollo Empresarial Turco-Armenio (TABDC) junto a Kaan Soyak, otro pasional emprendedor de ciudadanía turca y etnia armenia.

A Kaan Soyak ya lo conocía. Durante una entrevista que mantuvimos por teléfono, se había empeñado en que España podía jugar un papel muy importante a nivel mundial si conseguía mediar entre los miembros de la Diáspora Armenia de países como Argentina, Uruguay o Brasil, donde forman una comunidad influyente, y Turquía, de donde proceden la mayoría. Se trataba de crear prósperos lazos comerciales entre Armenia, Turquía, Latinoamérica y España, usando Madrid y la Diáspora como puentes. Kaan y su hermano, Noyan, poseían un importante grupo logístico con intereses repartidos por toda Asia Central, el Cáucaso y Turquía y habían trabajado en varias ocasiones para la OTAN, a pesar de mantener también buenas relaciones con los rusos. Pero era un proyecto demasiado osado para ser liderado por la conservadora diplomacia de Madrid, así que nunca

salió de los despachos del TABDC.

–Ni Sargisian ni yo podemos olvidar la historia del genocidio, pero es más fácil hablar sobre ello cuando exista un diálogo entre Armenia y Turquía –me dijo Ghazarian.

Como ya se habrán dado cuenta, aquí las cosas no sólo iban de relaciones pacíficas entre vecinos o de recordar las matanzas de la Primera Guerra Mundial, sino de contratos millonarios, de mucho dinero de por medio.

Aunque existe un embargo de Turquía a la exportación hacia Armenia, el comercio entre los dos países alcanzó en 2007 los 189 millones de euros, y 187 de ellos procedieron de las exportaciones turcas, la mayoría perteneciente a empresarios agrupados en torno al TABDC. Los turcos compran poco a los armenios –productos de piel, algunas materias primas–, pero los armenios necesitan abastecerse de productos químicos, de maquinaria y de productos de consumo semielaborado. La presencia turca es patente en las estanterías de algunos supermercados.

Los empresarios turcos dispuestos a burlar el embargo económico deben superar un obstáculo, el cierre de fronteras, y para ello transportan sus mercancías a través de Georgia, algo que incrementa el coste del producto en un 30 por ciento, cifra astronómica para un hombre de negocios. Según los cálculos de los empresarios turcos y armenios del TABDC, de abrirse la frontera, el volumen comercial podría aumentar en dos o tres años hasta los 350 ó 700 millones de euros.

Con nuevos negocios en el horizonte, Ghazarian parecía optimista esa mañana.

–El mensaje que envió Gül a Armenia con su visita es ya muy positivo. La normalización de las relaciones no será rápida, pero los contactos irán en aumento –añadió Ghazaryan–. Se trata de un negocio en el que ganan las dos partes. En los noventa, tras la independencia, sufríamos una fuerte crisis y los turcos perdieron

una gran oportunidad de invertir, por culpa del embargo. Ahora, los empresarios turcos presionan para que se reabra la frontera y en el gobierno turco hay un cambio de mentalidad. Durante 15 años le hemos extendido la mano a Turquía. Ahora tienen que estrechárnosla –dijo contento el empresario.

Sin embargo, pronto volvió a cambiarle el humor y comenzó a criticar algunos proyectos como la línea férrea en construcción entre Kars (Turquía), Ajalkalaki y Tbilisi (Georgia) y Bakú (Azerbaiyán).

– ¿No hay una ya entre Kars, Gyumri (Armenia) y Ajalkalaki? ¿Por qué los turcos tienen que construir otra línea que, además, es mucho más costosa? ¡Que usen las líneas existentes! Es más, les permitimos que usen el tren que va a Gyumri (cerrado en 1993) para ellos solos. ¡Pero que se dejen de una vez de proponer proyectos que nos aíslan de nuestros vecinos!

El problema no es sólo el tren. Es el oleoducto BTC (Bakú-Tbilisi-Ceyhan). Es el gasoducto BTE (Bakú-Tbilisi-Erzurum). Líneas energéticas y de transporte, en suma, las venas de la economía, que esquivan convenientemente el territorio armenio.

–En 1996 se propuso un oleoducto a través de Azerbaiyán, Armenia y Turquía para transportar el petróleo del Mar Caspio hacia Europa y Estados Unidos que, al ser de menor longitud, era mucho más económico que la actual ruta Bakú-Tbilisi-Ceyhan. Para consentir este trazado, Azerbaiyán exigió la devolución de Nagorno-Karabaj, algo que Armenia no aceptaba. Turquía terminó por aliarse con las tesis de Azerbaiyán y se perdió la oportunidad –me había explicado por la mañana la analista Laura Baghdasaryan.

Es decir, años antes había habido una alternativa al oleoducto BTC, esa línea que, supuestamente, era la arteria principal, la aorta del sistema de abastecimiento energético europeo a la hora de evitar el canceroso tránsito ruso. Esa línea que convertía a Georgia en la encrucijada imprescindible de controlar.

El oleoducto desaparecido

¿Qué había ocurrido con ese oleoducto que habría unido Armenia y Turquía? La palabras de Baghdasaryan me recordaron un libro que había leído con fruición unas semanas antes: *Soldado de la CIA*, del espía retirado Robert Baer, y a un controvertido personaje que se perdía entre brumosas fechas en las hemerotecas, Roger Tamraz. Para entender esta historia hay que añadir unos cuantos nombres más: Sheila Heslin, Bill Clinton, Boris Yeltsin. Y a unos cuantos países: Turquía, Estados Unidos, Rusia, China.

Vayamos paso a paso.

Todo comenzó en los agitados años tras el colapso de la Unión Soviética y el fin del llamado mundo bipolar. La historia suele ser pródiga a la hora de relatar largos periodos de tiempo, unidades históricas a las que se puede catalogar con una serie de parámetros estables. Sin embargo, los momentos de cambio quedan a menudo escondidos en la sombra. Y son los más interesantes.

En los años noventa del pasado siglo, la cuenca del Mar Caspio, el Cáucaso y Asia Central se convirtieron en objetivo de la administración estadounidense dirigida por Bill Clinton. Las reservas de crudo y gas escondidas bajo las aguas del Caspio eran una apetecible golosina que había caído en el patio trasero de Rusia, pero eso no era un problema, ya que el inquilino del Kremlin era un hombre que se pasaba gran parte del día borracho, y las grandes empresas energéticas occidentales, como Chevron, British Petroleum o Shell, se lanzaron a *untar* a los gobernantes de los nuevos estados independientes para conseguir provechosos contratos.

El eufórico gobierno Clinton apoyó activamente esta expansión por la región, que escapaba al poder en declive de Rusia. Como bien enunció Sheila Heslin, a la sazón miembro del Consejo de Seguridad Nacional, el objetivo era “romper el monopolio de Rusia sobre el transporte de petróleo en la región”.

Sin embargo, las multinacionales del gas y del petróleo tardaron poco en darse cuenta de que no era fácil transportar la energía desde las reservas de Asia Central o el Mar Caspio sin pasar por Rusia. De hecho, el Cáucaso era la única salida de la energía hacia Europa, Israel y Estados Unidos ya que al sur quedaba Irán y al norte Rusia. El problema radicaba en que el Cáucaso no era precisamente una región de excursionistas sino que, aún más en esa época, era un verdadero nido de avispas: en Georgia se libraba una dura guerra civil agravada por los conflictos armados contra las regiones secesionistas de Abjasia y Osetia del Sur (1991-1993); Armenia y Azerbaiyán se enfrentaban a muerte por la provincia del Nagorno-Karabaj (1993-1994); Rusia intentaba meter en cintura a los chechenos (1994-1996 y 1999) a la vez que hacía lo posible por ayudar en Asia Central a los sátrapas herederos de la era soviética, reciclados en aliados occidentales, a mantener a raya a los nuevos movimientos armados de fundamentalistas islámicos que habían crecido al calor de la guerra de Afganistán. Los fantasmas de las guerras de Transcaucasia de inicio del siglo XX, dormidos durante los setenta años de poder comunista, volvían a despertar.

Pero volvamos al personaje que nos ocupa y a las líneas energéticas del Cáucaso. Roger Tamraz era de esa clase de empresarios con una visión absolutamente global de los negocios y sin una pizca, pero ni la más mínima, de escrúpulos. No era el único de su género, pero podría decirse que tuvo mala suerte o, quizás, que apuntó demasiado alto.

Tamraz nació en 1940 en El Cairo, en el seno de una adinerada familia cristiana libanesa, y se educó en las mejores universidades internacionales de Egipto, Estados Unidos y Francia. Desde finales de los años sesenta hasta mediados de los ochenta, sus negocios fueron viento en popa en todo Oriente Próximo gracias a la amistad con personajes tan dispares como Amin Gemayel, líder de la Falange Cristiana del Líbano; miembros del Partido Socialista Francés de

François Mitterrand; círculos de poder cercanos al mandatario libio Muammar al-Gadafi; jeques árabes del Golfo Pérsico; dirigentes israelíes... Pero, cuando Gemayel concluyó su presidencia en el Líbano en 1988, las cosas comenzaron a torcerse y la Justicia del Líbano lo acusó de haber estafado 300 millones de dólares a sus clientes. Buscado por la Interpol, Tamraz cambió su residencia mediterránea por los Estados Unidos, país del que poseía la nacionalidad, y empezó a tramitar nuevos negocios. Esta vez apuntaba directamente al Cáucaso.

Entre 1994 y 1995, las negociaciones para la construcción del “oleoducto definitivo”, en palabras de la consejera de seguridad nacional estadounidense Sheila Heslin, se pusieron en marcha. El trazado no estaba decidido del todo, a excepción de los puntos de origen, la orilla azerbaiyana del Mar Caspio, y final, el puerto turco de Ceyhan.

La primera opción era atravesar Azerbaiyán y Georgia, penetrando en Turquía por su límite noreste. Sus inconvenientes eran que Georgia se encontraba en una situación muy inestable y que la gran longitud del trayecto encarecía el proyecto. Con todo, las grandes compañías petrolíferas, lideradas por BP-Amoco, Chevron y la azerbaiyana SOCAR, preferían este trazado.

La segunda posibilidad era la más corta y barata: enlazar Azerbaiyán y Turquía a través de Armenia. Pero esta ruta contaba con un obstáculo difícil de salvar, pues los dos primeros países habían cortado sus relaciones diplomáticas con el segundo a raíz de la sangrienta guerra del Nagorno-Karabaj.

Roger Tamraz era uno de los patrocinadores de esta segunda opción y no se le puede negar cierta originalidad. Su objetivo era atravesar Azerbaiyán, Nagorno-Karabaj (el territorio anexionado por Armenia), Armenia, Najchivan (una república autónoma perteneciente a Azerbaiyán pero separada geográficamente de su país por territorio armenio) y Turquía. De este modo, uniendo territorios

enfrentados entre sí, se conseguiría que todos los actores “trabajasen por la paz”, les dijo a los estadounidenses.

Era un suculento negocio para él y para sus socios, tal y como explicó él mismo en una carta dirigida al presidente de Azerbaiyán, Heydar Aliyev. Una compañía de Tamraz, la Oil Capital Limited, se encargaría de la construcción de la línea energética y se reservaría el 5 por ciento de la participación en el consorcio que lo gestionase posteriormente. El monto total del proyecto ascendía a 2.500 millones de dólares, según publicó el diario norteamericano *Washington Post* en aquellos días. Además, años antes, Tamraz había comprado varios pozos petrolíferos en la cuenca del Mar Caspio y Turkmenistán, con lo que aseguraba parte del abastecimiento. Ahora sólo tenía que convencer a los gobiernos de la región y de Estados Unidos de que secundaran su proyecto.

Pero a Tamraz se le cruzó alguien en el camino: Sheila Heslin, una avezada funcionaria del Consejo de Seguridad Nacional de la entonces mayor potencia del mundo. Años después, tras irse al carajo el proyecto de Tamraz y ser investigado por la justicia, una comisión del Congreso norteamericano definió a Helsin como una auténtica heroína: “Una valiente miembro del Consejo de Seguridad Nacional que resistió ante los intentos inapropiados y posiblemente ilegales de altos funcionarios que pretendían modificar las políticas de EEUU para conseguir el dinero de Tamraz”.

Un día de mayo de 1995 –cuenta el antiguo espía Robert Baer– llegó a su oficina en Washington un encargo firmado por Heslin: encontrar información que perjudicara a tres ciudadanos con nacionalidad estadounidense. Eran: Rob Soubhani, un doctor de California, asesor de la petrolera estadounidense Amoco (hoy parte de la BP) y contacto de la CIA en Bakú; Sahag Baghdasarian, quien, como su apellido indica, era de origen armenio y, como ustedes ya habrán imaginado, Roger Tamraz. El ex agente Baer nos recuerda en su libro que, desde los tiempos de Nixon y todos sus escándalos, se

había prohibido a la CIA espiar a ciudadanos estadounidenses.

Baer, interesado en qué se cocía entre Tamraz y Washington, se entrevistó con el banquero libanés, que le presentó su proyecto de oleoducto como “el negocio del siglo”. El problema era que, aunque Tamraz poseía varios suculentos negocios bancarios en América, la Oil Capital Limited no contaba en absoluto con capital para financiar su línea energética. ¿Cómo iba a hacerlo?

Tamraz no era un vendedor de humo. Mientras se desarrollaban los contactos entre las grandes multinacionales de la energía para la definición de un trazado u otro, había recorrido el mundo en busca de inversores. Su as en la manga era incluir a los chinos, con cuyo apoyo contaba, según presumió ante Baer, y mantener alejados a los rusos, para lo que ofreció 100 millones de dólares a la campaña electoral de Boris Yeltsin en una reunión con funcionarios rusos en Milán a finales de 1995. Si el objetivo del oleoducto caucásico era eludir el paso por territorio ruso y así reducir la dependencia de la energía de Rusia, los 100 millones eran el modo de taponar la boca a las autoridades de Moscú.

El polémico empresario libanés tampoco dejó desatendida a Turquía donde, obviamente, cualquier negocio con Armenia podía herir la susceptibilidad nacionalista. Hay que entender que, a mediados de los años noventa, en el punto álgido de la guerra contra el grupo armado kurdo PKK, se habían desarrollado los peores contactos de la guerra sucia. Mafia, traficantes de drogas y armas, bandas armadas de ultranacionalistas y algunos miembros del ejército habían desarrollado fructíferas relaciones económicas. El gobierno turco, dirigido por primera vez por una mujer, Tansu Çiller, estaba metido hasta el fondo en estos corruptos negocios. Tanto era así que al marido de la primera ministra, Özer Çiller, no le importó entrar en negocios con Tamraz cuando éste hizo su particular gira por Turquía en marzo de 1995.

Pero seguía habiendo un obstáculo. La familia Aliyev, que

gobernaba entonces Azerbaiyán y lo sigue haciendo ahora a través del hijo de Heydar Aliyev, Ilham, no estaba dispuesta a normalizar las relaciones diplomáticas con Armenia sin recuperar el Nagorno-Karabaj. Turquía apoyaba y apoya aún a los Aliyev en el poder, pero durante la estancia de Roger Tamraz en Turquía ocurrió un extraño episodio del que Baer acusa directamente a los Çiller. Un levantamiento contra Heydar Aliyev fue organizado por el ministro del Interior azerbaiyano con el apoyo de dos espías turcos que trabajaban directamente a sueldo de la primera ministra de Turquía. ¿Fue ésta la forma en que la alianza Çiller-Tamraz intentó deshacerse de la piedra que había quedado en el camino hacia el oleoducto armenio?

Sea como fuera, el golpe de estado fracasó y Azerbaiyán continuó interesado en un oleoducto que no transcurriese por Armenia. Así que Tamraz lo apostó todo en Estados Unidos.

Roger Tamraz estaba bien familiarizado con el sistema de los *lobby* estadounidenses puesto que había recurrido a ellos en variadas ocasiones, así que se puso manos a la obra. Quizás no sabía que enfrente había un contrincante mucho más poderoso, o quizás sí lo sabía, pero aún así mantuvo bien altas las apuestas: su plan era conseguir una reunión con el mismísimo presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, y explicarle su proyecto de oleoducto. Casi lo consiguió.

En octubre de 1995 –poco antes de que ofreciese su dinero a los rusos–, se reunió con el vicepresidente, Al Gore, y el senador demócrata Ted Kennedy, a cuya mujer asoció a sus negocios. Conoció también a Don Fowler, dirigente del Partido Demócrata, quien le mostró la lista de precios que Tamraz había de desembolsar a cambio de poder entrevistarse con Clinton.

El agente Baer volvió a reunirse con Tamraz para investigar cómo iban sus asuntos y entonces supo que el libanés ya había conseguido hablar con Bill Clinton, que le había propuesto la ruta armenia del

oleoducto del Cáucaso y que incluso le había ofrecido al presidente norteamericano dinero de los chinos para financiar el proyecto y engordar su bolsillo. “Yeltsin no se opondrá a la ruta armenia, pero a cambio de ello querrá un poco de dinero para su campaña. No habrá ningún problema. Hablamos de una cifra aproximada de cien millones (de dólares). Los chinos prometieron todo el dinero que necesito. Yeltsin se mostró de acuerdo en que un poco de dinero se filtrase en la campaña de Bill. Todo el mundo sale ganando en este asunto. Estoy impaciente por ver al presidente y decírselo”, dijo Tamraz a Robert Baer.

Para desgracia de Tamraz, nunca tuvo lugar una segunda reunión con Clinton o ‘Bill’, como lo llamaba él. Es más, en 1997 la comisión parlamentaria de investigación sobre la financiación fraudulenta de la campaña del Partido Demócrata para las elecciones presidenciales del año anterior llamó a declarar a Roger Tamraz, quien reconoció haber donado 300.000 dólares a la formación de Clinton, lo mismo que habían hecho varios ciudadanos asiáticos con conexiones en el gobierno de la República Popular China para comprar el acceso a la Casa Blanca. Pekín negó las acusaciones de haber intentado sobornar a la administración norteamericana y acusó “a ciertas personas y medios” de haber desatado una campaña en su contra.

En realidad, a Clinton no le interesaba demasiado la ruta armenia. En Washington, casi todos –excepto un puñado de miembros del Partido Demócrata– se habían hecho a la idea de la ruta BTC gracias al buen trabajo de otro grupo de presión favorable al oleoducto a través de Georgia, entre cuyos miembros se contaba Sheila Heslin. “Al parecer, el único cometido de Heslin era hacer de enlace con un club exclusivo que se llamaba Grupo de Compañías Petroleras Extranjeras, que era la tapadera de un cártel de grandes compañías petroleras que hacían negocios en el Caspio. Se trataba del mismo cártel que había pedido informaciones que perjudicasen a Tamraz y los demás. El grupo odiaba especialmente a Tamraz porque era

mucho más ágil. Era un verdadero genio en lo que se refería a llegar el primero a las mejores propiedades y luego pulírselas con grandes beneficios para él, lo cual hacía subir los costes de explotación de las grandes compañías”, asegura el ex agente de la CIA. La que sería denominada “heroína” de la patria por el Congreso estadounidense no sólo trabajaba para su país, sino también por modificar las políticas de éste a favor de un grupo de multinacionales, prácticamente el mismo cargo imputado a Tamraz que había acabado con su vida pública.

Pero Heslin no era la única que recibía comisiones de las petroleras en Washington, sino que había una larga lista de personalidades compradas. “Cuanto más ahondaba, más dinero del petróleo del Caspio encontraba circulando por Washington”, explica Baer en *Soldado de la CIA*. Esta claro que Tamraz, aunque hábil, estaba en inferioridad de condiciones.

Finalmente Tamraz perdió y venció Heslin, o, mejor decirlo así, ganó el trazado propuesto por las grandes compañías al diseñado por un aventurero de las finanzas. Todos utilizaron sus tácticas, igual de sucias, pero, como dice el Marlow de Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*, “la fuerza no es más que una casualidad derivada de la debilidad de los demás”. Y aquí el débil –hablando en términos de capital y poder económico– era Tamraz.

Sin embargo, cuando nuestro grupo de cinco periodistas llegó al Cáucaso para cubrir el partido de fútbol entre Armenia y Turquía, las cosas habían cambiado. Es cierto que el oleoducto BTC comenzó a bombear en 2005 un millón de barriles de crudo al día pero, desde entonces, pocas veces ha funcionado continuamente a plena capacidad. En Turquía, el tramo del oleoducto se ha convertido en un jugoso objetivo para los sabotajes del PKK; de ahí la vigilancia militar de la tubería en algunos puntos, aunque es imposible garantizar su seguridad en todo el recorrido. Además, en el Cáucaso la situación ha cambiado completamente: el oso ruso ha abandonado su hibernación alcohólica de la era Yeltsin y se ha volcado en recuperar

su orgullo y su influencia en el Cáucaso mientras, en la Casa Blanca, la administración de George W. Bush se centraba en otros *teatros de operaciones* –Afganistán y Oriente Próximo– casi hasta el final de su mandato. Armenia, algo que parecía imposible diez años atrás, buscaba un acercamiento con Turquía, y Azerbaiyán volvía su mirada a Moscú, que, para reventar la viabilidad económicas del BTC, había propuesto a Bakú comprar su petróleo a un precio superior al que ofrecían sus competidores.

Todo este proceso de cambios, que se vivieron especialmente durante el año 2008 y aún continúan en el momento de escribir este libro, tenía una causa que se erigía como jalón sobre el maremágnum de intereses de la región: la guerra entre Georgia y Rusia del mes de agosto.

Lunes, 8 de septiembre

Georgia, en busca de una identidad

Los primeros rayos de sol luchaban por disolver las últimas brumas grises de la noche cuando recorrimos por última vez las calles de Ereván. Había llegado el momento de partir.

A las 7:30 de la mañana nos hallábamos puntuales como relojes en la estación de microbuses de la Avenida del Almirante Isakov, para tomar el primer servicio hacia Tbilisi, la capital georgiana. Delante de nosotros, esperando su turno para subir al vehículo, había un anciano jugador de ajedrez turco con su hija y una mujer tratando de controlar a su hijo, que empuñaba un kalashnikov de plástico. Me di cuenta de que aquí también funcionaba el sistema de la butaca extra para rellenar los huecos y aumentar la capacidad. Esta vez no había correo que repartir ni taburetes de plástico, sino una silla metálica de oficina que el conductor ató con cuerda al resto de asientos.

Pronto dejamos atrás la capital armenia en dirección noreste. El minibús, *marshrutka* (taxi de ruta o marca-rutas) como se conoce por su nombre en ruso, enfilaba veloz la planicie que rodea Erevan, en dirección a las cordilleras septentrionales. Armenia es un país montañoso –la media de altitud alcanza los 1.800 metros– y a ambos lados de la carretera, tras una leve pradera agostada, vigilaban las cordilleras como enormes espectadores pétreos. En los campos, de

un amarillo grisáceo, pastaban caballos y ganado, empequeñecidos por la altura de las grandes sierras, pardas oscuras, recortadas sobre el cielo nuboso, blanquecino, opaco.

Luego, después de una breve cabezada, el *marshrutka* se introdujo entre frondosos desfiladeros abiertos por los regatos afluentes del río Debed y en los que ya transitaban de nuevo los camiones de mercancías procedentes de Georgia. Eran gargantas tan estrechas, cerradas como una cuña, que no era difícil dibujar emboscadas en tiempos de guerra. También servían para imaginar cómo de dificultosas y encarnizadas debían haber sido las batallas en la vecina Georgia, a la que ahora nos dirigíamos, especialmente la del Desfiladero del Kodori, el escabroso paso de Georgia a la región irredenta de Abjasia, controlado hasta el verano de 2008 por fuerzas leales a Tbilisi pero que fue recuperado, con ayuda rusa, por los milicianos abjasios.

Descansamos un rato en una pequeña estación de servicio a la vera de un riachuelo de aguas frescas y espumosas. El interior del local atufaba a carne de mala calidad, pero el resto de pasajeros de microbús no dudó en pedir un bocadillo de carne, que asaba un mozo mientras una mujer atizaba las brasas con su secador de pelo. La vieja posadera me sirvió un té tibio por unos céntimos y salí al exterior. Hacía fresco. El viento trataba de arrancar las nubes enganchadas en los altos picos, como la lana de las ovejas se engancha en las cercas de alambre de espino, y los árboles destilaban humedad. Era agradable sentirse por primera vez lejos del olor a gasolina y carreteras, a humo de tubos de escape y a cemento, a nafta y a dinero. Era agradable sentir que el aroma sano y natural del bosque llenaba mis pulmones agotados de ciudad y cigarrillos. Hubiese preferido quedarme ahí, entre las hayas y el río, que me recordaban a las excursiones infantiles en La Rioja, esa región que ahora quedaba tan y tan lejos. Pero había que retomar la ruta.

Caracoleando entre sierras y montañas, llegamos al fin al valle y a la frontera con Georgia. Esta vez el control fronterizo era un puesto

digno de tal nombre y la guardia hacía descender a los pasajeros de todos los vehículos para comprobar individualmente los pasaportes, mientras en un escáner de rayos X los policías georgianos revisaban cada maleta, mochila o bolsa. El siguiente tramo de nuestro viaje transcurría por una planicie fértil regada por los ríos Jrami y Mtkvari, plagada de campos de labranza y cereal en los que trabajaban los agricultores.

Hacia el mediodía hicimos nuestra entrada en Tbilisi. Un autobús urbano portaba una pancarta en inglés: “¡Stop Rusia! Detengamos la agresión rusa a Georgia”. Era 8 de septiembre y hacía exactamente un mes del inicio del conflicto ruso-georgiano.

En lo primero que pensé cuando comenzó la guerra fue en mi querido amigo georgiano Misha y su familia. En su prima Elene, que con 15 años hablaba un español casi perfecto, en su madre y sus tíos emigrados a Estambul. En las reuniones de bailarines y pianistas del restaurante *La Flecha Dorada* cerca de la plaza de Taksim. En cómo cada uno de ellos tocaba un instrumento musical. En el padre de Elene al piano, brindándome canciones de compositores clásicos españoles. En los deliciosos hígados con granada, el pollo frío con almendras y el vino peleón que me ofrecían de todo corazón.

Afortunadamente, al inicio de la guerra Misha se había resguardado en su ciudad natal, Batumi, en el suroeste de Georgia, pero el mensaje que me envió cuando le pregunté por su situación no me tranquilizó en absoluto: “La situación es muy mala. Nosotros estamos bien y listos para luchar”.

Conocí a Misha un día de otoño de 2005, durante un curso de lengua turca en la Universidad de Estambul. La clase era un batiburrillo de nacionalidades exóticas para un español: kazajos, turkmenos, uygures, palestinos, iraquíes, kosovares, bosnios, coreanos, ucranianos, chuvash y Misha, el georgiano, con su rostro de hogaza, su cabello oscuro y aceitoso peinado hacia la izquierda sobre su frente nívea y sus cejas caídas, que le daban aire aún más

triste a sus ojos limpios y melancólicos, como los de tantos de sus compatriotas. Una tarde me ofreció tabaco en la pausa de clase y salimos a fumar al exterior. Desde entonces se instaló entre nosotros una sincera amistad de pocas palabras. Misha era una de esas personas capaces de decir “te quiero” a un amigo, sin que por ello se ponga en duda su virilidad, algo que, por otra parte, hubiese constituido una dura afrenta a sus convicciones machistas. Era una situación extraña para un europeo del oeste y, sin embargo, me reconfortaba esa cálida amistad oriental.

Mientras Misha y yo coincidimos en Estambul nunca hablamos demasiado de política. Sólo una vez le pregunté por la situación de Georgia, un año después del acceso al poder de Mijeil Saakashvili, tras la llamada Revolución de las Rosas. Mi amigo me respondió que tenía “muchas esperanzas” en el nuevo presidente y en que solucionase la corrupción y pobreza del país. Dos años después volvimos a hablar del mismo tema y reconoció que la situación económica apenas había mejorado con el líder de la Revolución de las Rosas. Eso sí, el nacionalismo antirruso de Misha había aumentado.

Georgia es un país con una conciencia nacional muy joven, a pesar de la historia secular del pueblo georgiano. En un estado con una extensión menor que la de Castilla La Mancha coexisten dos Repúblicas Autónomas federadas a Georgia: una es Abjasia, que tras el conflicto entre Rusia y Georgia proclamó su independencia secundada por Moscú; y la otra Adjaria, habitada por una mayoría de georgianos musulmanes y cuyo garante es Turquía en virtud de un viejo tratado internacional. Además hay un *oblast* o provincia autónoma, Osetia del Sur, que se desgajó de Georgia como Abjasia; y varias regiones y provincias de las cuales al menos una, Samtsje-Javajeti (de mayoría armenia), ha reclamado una mayor autonomía e incluso la independencia.

Además, el hecho de que convivan pueblos de diferente origen: georgianos, turcos mesjet, osetios, abjasios, azeríes, armenios,

rusos... es algo que altera la fibra nacionalista y predispone a los georgianos a una respuesta defensiva. Así es que, tras declarar su independencia de la Unión Soviética en 1991, el país se lanzó a la construcción de una nueva identidad puramente georgiana, algo difícil en medio de los conflictos que siguieron: un golpe de estado contra el primer presidente, la guerra civil entre diversas facciones y la guerra de Abjasia de 1992–1993. En medio del tumulto, los nacionalistas georgianos comenzaron a acusar a osetios, abjasios y armenios de trabajar por dividir el país bajo órdenes de Moscú; a los armenios de Samtsje-Javajeti de pretender la anexión a la República de Armenia; y a los azeríes, los turcos mesjet e incluso los georgianos musulmanes, de luchar por el establecimiento de un gran estado panturco.

Al llegar a Tbilisi, una vez hubimos superado la vías rápidas que corren a ambos lados del río Mtkvari (conocido antes de la independencia georgiana por el nombre azerí de Kura), las calles eran un caos de automóviles y bocinazos. Mientras nuestro minibús cruzaba la ciudad en dirección a la estación de autobuses dejando atrás avejentados edificios modernistas, pensaba en cómo descubrir qué había pasado realmente un mes antes, por qué había estallado el conflicto. Pero para eso debía antes hacer algunas averiguaciones sobre el presidente de Georgia, Mijeil Saakashvili.

Saakashvili nació en 1967 en el seno de una familia acomodada de la entonces República Socialista Soviética de Georgia y, tras graduarse como abogado en la Universidad de Kiev (Ucrania), comenzó a trabajar en diversas instituciones del ya independiente estado georgiano. Entonces gobernaba el país Eduard Shevardnadze, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de la URSS durante el gobierno de Mijail Gorbachov y que, físicamente, parecía cortado por el mismo patrón que todos los dirigentes soviéticos de esa década. Gobernar Georgia le resultó incluso más difícil que su anterior puesto en la jerarquía moscovita, pero, después de que la situación interna

se calmase, encontró un buen aliado en Estados Unidos y su sed de petróleo.

En esos momentos, Saakashvili, quien en cambio tiene el aspecto de un niño grande recién licenciado en una universidad privada, aprovechó el programa de becas que el gobierno de Shevardnadze y Washington habían aprobado y cursó estudios en las universidades Columbia y George Washington de EEUU. Al regresar a Georgia, se alistó en el partido del presidente y consiguió un escaño como diputado.

A pesar de la corrupción galopante y el abuso de los derechos humanos, el gobierno de Shevardnadze contaba con todo el apoyo de la Casa Blanca, que no dudó en desembolsar 302 millones de dólares en ayuda militar entre 1998 y 2002 para rearmar a un país que era clave en la planificación del oleoducto BTC. Mientras tanto, Saakashvili continuaba su meteórica carrera ascendiendo en el escalafón político georgiano, hasta llegar a poseer la cartera de Justicia en el nuevo gobierno que formó Shevardnadze al ganar las elecciones presidenciales del año 2000 con el 79 por ciento de los votos frente al 17 por ciento del candidato de la oposición comunista, en unos comicios tan poco limpios como habían sido los anteriores y serían los siguientes. Poco después, Mijeil Saakashvili, muy dado a los golpes de efecto, dimitió de su ministerio acusando a varios de sus compañeros de corrupción y fundó su propio partido opositor: el Movimiento Nacional Unido (UNM), nacionalista y de centroderecha.

La construcción del oleoducto BTC marchaba mucho más lenta de lo esperado, algo que irritaba a los gobernantes estadounidenses, así que en Washington comenzaron a pensar en instalar a otro “hombre de confianza” en el poder de Georgia, *sugiriendo* a Shevardnadze abandonar la presidencia. Entonces el mandatario georgiano decidió dar un brusco giro a su política exterior y buscar apoyos en la Rusia dirigida por Vladimir Putin. Aquello fue su sentencia de muerte.

Molestos por el agravio de su protegido, los dirigentes estadounidenses comenzaron a dar un apoyo nada encubierto a la oposición georgiana, con la vista puesta en las elecciones parlamentarias de 2003. En vísperas de los comicios, tres altos funcionarios de Washington, encabezados por el senador John McCain –que luego sería candidato del Partido Republicano en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2008–, viajaron a Tbilisi para intentar por última vez que Shevardnadze dejase el poder por las buenas. Fue en vano.

Igualmente, el multimillonario George Soros (más cercano al Partido Demócrata de EEUU), comenzó a enviar grandes sumas de dinero al partido de Saakashvili e, incluso, pagó un viaje a Serbia para los activistas próximos a la UNM con el fin de que estudiaran las técnicas de Otpor!, una organización que tuvo un activo papel en el derrocamiento de Slobodan Milosevic, también conocido como Revolución del Bulldozer.

El 2 de noviembre de 2003, el gobierno de Shevardnadze declaró que su partido había sido el ganador de los comicios. Los medios de comunicación y los observadores internacionales se apresuraron a denunciar que los resultados habían sido amañados, algo que, por otra parte, no se salía de la norma. Saakashvili reclamó la victoria electoral y urgió a los georgianos a tomar las calles. Así es que el 22 de noviembre, cuando se debía inaugurar la nueva legislatura, la oposición en bloque y un gran número de georgianos irrumpieron en el parlamento cargados de rosas para impedir la ceremonia, por lo que el presidente hubo de escapar protegido por los guardaespaldas. Un día después, Shevardnadze dimitió de su cargo y en las siguientes elecciones presidenciales Saakashvili conquistó la mayoría de los votos.

El 25 de mayo de 2005, el oleoducto BTC comenzó a bombear crudo.

Atrapados

Lloviznaba. Nos encontrábamos en la estación de autobuses oeste de Tbilisi, de aspecto caótico y sucio. Allí, muchos chapurreaban el turco e intentaban colar a cualquiera con pintas de turista un billete hacia Turquía:

–Hermano, siéntate y tómate un té con nosotros. ¿Adónde quieres ir? –. Luego llegaba otro a ver qué se cocía, pero los primeros le cerraban el paso con una mirada que, a todas luces, quería decir “a éste lo hemos cazado nosotros”.

Después de haber conseguido enlazar con increíble suerte varios medios de transporte en la ida, no imaginábamos que iba a ser tan difícil regresar. Lamentablemente ninguno de los autobuses que partían hacia Turquía nos permitía alcanzar a tiempo el avión desde Kars a Estambul del día siguiente.

Cuando me acerqué al resto de mis compañeros para comentarles los posibles medios de regresar a Turquía, Marta nos avisó a todos, mirando a un lado y a otro con ojo vigilante, que, según su guía de viajes, esa estación de autobuses era uno de los lugares más peligrosos de Tbilisi para el turista. No hacía falta jurarlo, pues hombres con pinta de perdonavidas pululaban a diestro y siniestro. El chaval que se encargaba de la caza del cliente para la compañía de autobuses que viajaba al noreste de Turquía garabateó su número de teléfono móvil en un trozo de papel por si cambiábamos de parecer y se despidió.

Decidimos probar a modificar el billete de avión con salida en Kars por uno desde el aeropuerto de Tbilisi, que ya había comenzado a funcionar después del bloqueo bélico, y nos dirigimos a las oficinas de Turkish Airlines de la avenida David Agmashenebeli, en el centro de la ciudad. De repente, era otra vez como sentirnos en casa, la calle estaba repleta de negocios turcos: el Banco Agrícola, los almacenes Collezione, varios restaurantes de cocina turca con el emblema en forma de tulipán de la Oficina de Turismo de Turquía y el retrato de

Atatürk en todas las oficinas. La impresión de oír un idioma conocido en un país del que lo desconocíamos prácticamente todo –la lengua, la gente, las costumbres– nos infundió cierta seguridad, pero tampoco en las aerolíneas turcas conseguimos ningún resultado.

En la calle había un caos alegre de bocinas y mediodía soleado, la gente salía del trabajo y se dirigía a los restaurantes y a sus casas, pero nuestra situación no nos permitía reparar en tales detalles. La incertidumbre, esa inseguridad de no saber hasta qué punto se tiene el control de la situación, es el peor sentimiento del viajero, pero está ligada de forma irremediable al viaje, si no es turístico y organizado.

Entre tanto, Martin había entablado conversación con el guardia de seguridad de la oficina de las aerolíneas turcas y éste le había asegurado conocer al propietario de una furgoneta que quizás nos podía conducir hasta Turquía. El guarda telefoneó a su amigo y nos ofreció un precio más que justo: 200 dólares en total, a lo que había que añadir los costes de gasolina. Ya estábamos celebrando nuestra fortuna cuando a Robert se le ocurrió preguntar por el monto del combustible. El guarda comenzó a hacer números y dijo: 300 dólares. Una vez más las secuelas del conflicto y del mercado del petróleo.

En mi bolsillo no había más de 60 euros y ninguna tarjeta de crédito (me las habían robado una semana antes de partir en Turquía). La situación del resto del grupo, tras varios días de viaje a través del Cáucaso, era similar, así que no podíamos permitirnos ese gasto. Sucios, cansados y sin una salida a la vista, comenzamos a sentirnos atrapados. Y Georgia no es el mejor lugar del mundo cuando te asalta esa sensación.

Tras varios intentos frustrados al teléfono, conseguí contactar con mi amigo Misha, que trabajaba en una oficina cercana. Llegó caminando tranquilamente, con su camiseta gris sin mangas, y lo abracé con el alivio que da encontrarse en tal situación a un viejo amigo. Después de las presentaciones oportunas, todos decidimos

que sería mucho mejor discutir las diferentes posibilidades para salir del país con el estómago lleno.

En una tasca de esa misma calle servían cerveza barata y sabrosa comida tradicional: jugosos pedazos de cerdo asado ensartados en un pincho, *ostre* (sopa agri dulce de cordero) y *jinkali* (enormes raviolis relleno de carne de cordero caldosa). Bien almorzados, resolvimos dividirnos en dos grupos: Marta y Robert, ambos con compromisos indispensables al día siguiente, partirían de inmediato en un minibus hacia la frontera turca para alcanzar Kars por la mañana. Martin, que debía participar en la emisión de un programa de la televisión danesa esa misma noche y de ningún modo confiaba en encontrar una conexión de internet adecuada en un pueblo fronterizo, y Daniel y yo, convencidos por Misha y la comida de su país, acordamos pasar la noche allí mismo y apostar todas nuestras opciones a que el autobús que viajaba hacia Kars fuese capaz de cubrir su ruta en menos tiempo del esperado.

Despedidos Marta y Robert, el resto de nuestra pequeña expedición, con ayuda de Misha, comenzó a buscar un lugar donde pasar la noche. A un par de manzanas de distancia del restaurante encontramos la pensión de Nasi Gvetazde, una modesta vivienda de madera y piedra dentro de un patio de vecinos que la guía catalogaba como uno de los lugares más baratos y pintorescos donde pernoctar en Tbilisi.

Nos recibió Nasi, una anciana tbilisena que hablaba alemán, y nos hizo pasar a su casa sorteando un par de coches aparcados y unos cuantos tocones tirados en el suelo del jardín seco. Era un edificio antiguo formado por un laberinto de pasillos y habitaciones de altas paredes de las que, por todas partes, colgaban tapetes o asomaban libros. Tenía visos de haber sido el hogar de una pareja culta, amante de la literatura, las ciencias o la música, pues el ambiente era el de la pequeña burguesía ilustrada tbilisena de inicios del siglo XX. Ahora la decadencia de años se había apoderado de la casa y el polvo se

acumulaba en las alfombras y tapetes. Había camas preparadas en cada sofá y cada rincón de la casa. Ella misma, la señora Nasi, dormía en la cocina, la estancia más cercana a la entrada, para guardar la puerta.

Poco a poco se despejaban las incógnitas sobre nuestro viaje (teníamos donde dormir y una ligera idea de cómo regresar a Turquía), la ciudad y el país parecían menos fieros y podíamos pensar con más anchura de mente, disfrutar de la hospitalidad de la gente y su desordenada belleza.

Entonces comenzamos a hablar con Misha de la cuestión que nos había llevado hasta allá: la guerra. Un mes después del conflicto, Misha, como muchos otros georgianos, culpaba a los servicios secretos rusos de haber hecho estallar la guerra.

–Esto es cosa del KGB, sí, sí, del KGB –repetía.

A medida que se había ido desarrollando el conflicto, lo que en principio parecía haber comenzado con una ofensiva georgiana para recuperar la región separatista de Osetia del Sur, se había convertido, con el llover y llover de artículos de opinadores y tertulianos en los periódicos occidentales, en una agresión rusa en toda regla, algo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que el gobierno de Mijeil Saakashvili había contratado como asesor de imagen a una empresa belga, que organizaba las actividades de los periodistas extranjeros en Georgia y les distribuía información. Sin embargo, igual que sucede con el resto de los conflictos en la región, en éste también era muy difícil saber quién tenía razón.

Hasta unas semanas después de mi viaje al Cáucaso no conseguiría hacerme una idea de lo que había ocurrido. Fue en Estambul, en una pequeña conferencia organizada por el Instituto Francés de Estudios Anatolios (IFEA) en las magníficas dependencias del decimonónico Palais de France, situado en una de las cuestas de la colina de Pera que desembocan en el Bósforo, donde se habían dado cita varios expertos de la región.

Como afirmó Thorniké Gordadze, un joven georgiano que trabajaba para el IFEA en el Cáucaso, “el conflicto entre Rusia y Georgia no comenzó en agosto de 2008, ni terminó una semana más tarde”. Desde el fin de la guerra de Abjasia en 1993, abjasios y osetios habían vivido de espaldas a Tbilisi y con los ojos cada vez más puestos en Moscú, que les entregó pasaportes rusos y financió su independencia tutelada. Los dirigentes rusos y georgianos entablaron una guerra, primero verbal, luego económica y, finalmente, se fue haciendo militar, con sucesivos choques en la zona fronteriza. En la primavera de 2008, muchos ya sabían que se estaba cocinando una guerra en el Cáucaso.

–Los planes de Moscú para invadir Georgia comenzaron un año antes ya que, desde el desastre de la Primera Guerra de Chechenia, el Estado Mayor del ejército ruso no deja nada a la improvisación. Los últimos detalles se acordaron en abril y se fijó agosto como el mes en que los tanques entrarían en Georgia, por eso se convocaron las maniobras *Kafkas 2008* en julio, para que una buena parte del ejército estuviese ya situada cerca de la Cáucaso meridional –aseguró el analista militar ruso Pavel Felgenhauer, periodista del rotativo *Novaya Gazeta*.

Felgenhauer, un conocido opositor al actual gobierno de Moscú, desgranó con gran detalle los preparativos de la cúpula castrense rusa pero aún así faltaba saber cuáles eran los motivos que podían empujar a Rusia a entrar por la fuerza en otro país. Se podrían barajar varias razones: desde el odio personal entre Vladimir Putin y Mijeil Saakashvili, hasta el fastidio que le provoca a Moscú que la OTAN pretenda incluir a Georgia en su estructura militar, vengarse por la desmembración forzada de Yugoslavia durante los años noventa, la competencia por la energía, el modo de demostrar que los rusos habían vuelto al tablero de ajedrez mundial...

La cuestión es que en Tbilisi, a su vez, también se preparaban para la guerra desde hacía tiempo, con el objetivo de internacionalizar los

conflictos de Osetia del Sur y Abjasia y demostrar a la opinión pública de Europa y Estados Unidos que Rusia era parte del problema. Y esto lo sabían perfectamente los asesores estadounidenses, que pululaban a cientos por Tbilisi, en los albores de la guerra.

–Georgia fue intoxicada por los consejos de representantes de la Secretaría de Estado (de EEUU), por los hombres de George Soros, por los delegados de la empresa armamentística Blackwater... Algunos norteamericanos ya conocían de antemano lo que iba a suceder –explicó Jean Radvanyi, un académico francés especializado en Rusia y el Cáucaso.

La noche del 7 al 8 de agosto, después de que se hubiese llegado a un acuerdo para detener el intercambio de fuego que osetios y georgianos habían emprendido unos días antes, el gobierno de Tbilisi ordenó a su ejército recuperar Tsjinvali por las armas. Mientras los líderes mundiales se preparaban para la inauguración de los Juegos Olímpicos en Pekín (China), a la que –casualmente o no– dejaron de asistir la canciller alemana, Angela Merkel, el *premier* inglés, Gordon Brown, y el mismo Saakashvili, la capital surosetia quedaba reducida a escombros y morían al menos 300 civiles.

Según la versión del profesor ruso Boris Sokolov, Saakashvili ordenó el ataque a Tsjinvali porque intuía que Moscú estaba planeando una operación contra Georgia con el objetivo de quitarle su silla presidencial.

–Tbilisi atacó Osetia del Sur para forzar que los rusos penetrasen por ese lugar en Georgia y no a través de Abjasia, mucho mejor comunicada con la capital georgiana. De esta forma, los militares rusos tuvieron muchos problemas para avanzar y sólo alcanzaron Gori (la localidad estratégica que abre el paso hacia la capital) al final de la contienda, cuando la opinión pública internacional estaba totalmente en contra, lo que les impidió marchar hacia Tbilisi –afirmó Sokolov. –Y esto es así porque después de que yo lo escribiese en la prensa rusa, el gobierno forzó que mi

universidad me despidiese –sentenció e interrumpió su discurso.

Es decir, en el fondo, el penoso estado de las carreteras georgianas había salvado a los georgianos de una invasión rusa.

Los tanques de la iglesia de Jvari

Exactamente un mes después de la guerra, a primera vista, todo parecía normal en la capital de Georgia; la vida transcurría tranquilamente en las desordenadas calles de Tbilisi. Las mujeres vendían vestidos, apetitosos quesos blancos y enormes pepinillos en vinagre. En los pasillos de la estación de metro de Didube, colgaban ristras de chorizo y algunos negociantes ofrecían repuestos para los mecheros. Otros vendían cigarrillos por unidades. Como siempre.

Tan sólo algunos panfletos pidiendo ayuda para los refugiados y los soldados de permiso en los vagones del metro recordaban las secuelas del conflicto armado que había sacudido el Cáucaso hacía sólo unas semanas.

Para conocer las consecuencias había que ahondar un poco. Misha, que trabajaba como abogado financiero en un banco de Tbilisi, me comentó que podía quedarse todo el día con nosotros para mostrarnos la ciudad porque en aquellos días no había mucha labor.

–¿Por qué? –le pregunté yo.

–El gobierno ha prohibido que se den nuevos préstamos –aclaró. Así que decidí comprobar lo que decía la prensa del país. El único periódico en inglés que encontré en un pequeño quiosco amarillo de la estación de Didube, el *Georgian Journal*, era un panfleto pro-gubernamental, pero explicaba claramente lo que me había comentado mi amigo: los bancos, a instancia de la Agencia Financiera Georgiana, habían decidido no realizar nuevos préstamos a sus clientes dada la urgente necesidad del gobierno de dinero líquido para la reconstrucción del país.

En declaraciones a este semanario, el presidente de la comisión parlamentaria para asuntos relacionados con la integridad territorial, Shota Malashjia, estimaba en 40 millones de dólares las pérdidas provocadas por el conflicto, aunque otras instituciones elevaban esta cifra hasta los 1.000 millones “Aún estamos calculando los resultados de la reciente agresión pero, por el momento, podemos decir que las pérdidas serán el doble que las sufridas en el conflicto con Abjasia de 1992-1993”. Esa contienda recordada unos días antes por el empresario armenio Arsen Ghazarian como un error similar al que llevó a la guerra entre Rusia y Georgia.

El comercio por la carretera que comunica el este y el oeste del país, así como el transporte por ferrocarril, se habían reanudado dos semanas antes y se había retomado el proceso de privatización de empresas públicas, aunque aún pasaría tiempo para que la economía se recuperase.

–En las ciudades hemos vuelto a la normalidad, pero en los lugares donde aún quedan soldados rusos, los habitantes se quejan de que les roban la comida –explicó Misha y nos mostró en su teléfono un par de vídeos de supuestos bombardeos rusos en Georgia que, se veía a la legua, habían sido diseñados por ordenador.

Llegamos en metro al pobre barrio de Avlabari, en el Tbilisi Viejo, donde se levanta la monumental catedral de Sameba, construida entre 1995 y 2004 para festejar la identidad georgiana, el 1.500 aniversario de la fundación de la Iglesia Ortodoxa Georgiana y el 2.000 aniversario del nacimiento de Jesucristo. Con estas tres buenas razones no es de extrañar que la catedral fuese bautizada con el nombre de Santísima Trinidad (Sameba).

Sameba no es sólo la mayor iglesia del país, sino de todo el Cáucaso sur y, aquel día, estaba repleta de fieles, sobre todo de jóvenes mujeres que se anudaban una cinta negra al pelo recogido, se persignaban a cada paso y, una vez en el templo, elevaban sus plegarias con fervor. Los muros lucían su piedra con sobriedad y

desnudez, apenas cubierta con una bandera nacional y la enseña de la Iglesia Georgiana, sólo alterados por el brillo dorado del iconostasio y los retablos. A pesar de su modernidad, se había respetado el estilo original de las iglesias georgianas, con el aspecto montañoso que le dan los varios ábsides superpuestos y la torre central cilíndrica coronada por una cubierta cónica de tejas.

Observando toda la pompa de la celebración religiosa, se me ocurrió una polémica reflexión. A los periodistas de Estambul se nos insta continuamente a seguir cualquier signo de *islamización* de la laica Turquía, pero en los antiguos países soviéticos, que hace veinte años eran repúblicas laicas, nadie atiende al ascenso de la religión en su vertiente más conservadora. En Armenia ya no existe la separación entre el estado y la fe, pues la ortodoxia apostólica armenia es religión oficial, y en Georgia el Concordato entre el Estado y la Iglesia Ortodoxa Georgiana otorga gran poder de influencia a los religiosos en todos los ámbitos de la educación.

Tras bajar la escalinata principal de la catedral nos esperaba el Audi A4 verde de Lado, un amigo de Misha recién licenciado en Odontología, que, sin duda, pertenecía a una de esas familias que se han visto favorecidas por el nuevo rumbo de la Georgia independiente. Bordeamos el río Mtkvari en dirección noreste durante unos veinte kilómetros hasta el valle donde se encuentra Mtsjeta, una de las primeras capitales de los antiguos reinos georgianos y donde se proclamó el cristianismo como religión oficial, allá por el siglo IV. Bellas iglesias con sus tejados cónicos aparecían a ambos lados del camino, cada vez con mayor frecuencia según nos acercábamos a Mtsjeta, y Misha y la novia del dentista, Salomé, no dejaban de santiguarse al paso de cada templo.

Mtsjeta, situado en el idílico cañón donde confluyen los ríos Mtkvari y Aragvi, también es el único paso hacia Tbilisi entre las montañas y allí se había fortificado el ejército georgiano en espera de una eventual invasión rusa de la capital, que nunca llegó a suceder.

Cuando la visitamos sólo quedaban un par de carros de combate.

–¡Mira! ¡Tanques! –gritó entusiasmada la chica, pero giré tarde la cabeza y me perdí el espectáculo militar.

Yo ya había visto tanques ¡Oh, sí! ¡Tanques! Decenas de tanques. Unos meses antes. En Chipre. No lo nieguen, ustedes también desean ver un tanque de cerca. No hay nada igualable a la belleza de un tanque. Las ruedas de oruga hacen vibrar el suelo y su presencia se conoce antes de su llegada, antes de que sus duras facciones de metal asomen por la esquina de tu calle. Luego no queda nada que hacer. Esperar, tal vez. Es la belleza cruda, real, cruel de la destrucción. Vamos, no lo nieguen, para aquellos que no han vivido la guerra o sólo han hecho escarceos con simulacros militares de obligado cumplimiento, la guerra conserva esa atracción morbosa de la destrucción. La belleza de los tanques es la belleza monstruosa de la muerte. ¡Calaveras! Era toda una unidad de tanques la que se deslizaba ante mis ojos y la máquina de fotos, entre mis manos, no paraba de hacer click. ¡Toda una unidad de los preciados tanques del ejército turco marchando en el desfile del Día de la Victoria del Chipre Norte! Click ¡Otro tanque! Con su porte destructivo más majestuoso que el anterior, si cabe. Click. Un camión arrastraba un cañón de dimensiones estratosféricas. Click. Otro más. Click. La cabeza comenzaba a darme vueltas. Click. Y arcadas. Click. Algo se me estaba removiendo en el estómago. Más tanques. Click. Como una borrachera. Demasiado alcohol, demasiados tanques. Otro tanque. Click. Arcadas. Eran muchos, muchos tanques, mucha destrucción. Más arcadas. Click, click, click.

Corrí a la otra acera y me refugié tras el palco de las autoridades. Rebusqué en una nevera una botella de agua bien fría. No sé si eran los 42 grados del calor chipriota encima de mi cabeza o los tanques, pero algo me estaba sentando mal. Encendí un cigarrillo y aspiré el humo profundamente. Destrucción por destrucción. El humo llenaba mis pulmones, la nicotina mi cerebro y me sentí más tranquilo, parte

de la destrucción como actor y como objeto... En la Línea Verde que separa la Nicosia Norte de la Nicosia Sur aún quedan edificios minados, edificios que se mantienen tal y como sobrevivieron a la guerra de 1974, acribillados a balazos, que permanecen como esqueletos, como cadáveres incorruptos. A veces sientes haber estado allí. Serán los noticiarios, o las películas. Pero todo se parece. Entran los milicianos, o los soldados, haciendo saltar la puerta de sus goznes. Avanzan levantando muebles y sofás por los aires, como tanques; disparan contra el mayor de la familia. Obligan al resto a desalojar la casa a punta de fusil y los matan en la pared más cercana. El rastro de sangre se desliza por la acera hasta desaparecer en la alcantarilla. ¡Son los turcos! ¡Son los griegos! Puede ser Chipre, puede ser Líbano, puede ser Palestina. Pueden ser, si se cambian las palmeras, que crecen asilvestradas junto a los cadáveres de los edificios, por árboles más acordes a su clima, las ciudades de la antigua Yugoslavia, del Nagorno-Karabaj, Gori, Tsjinvali.

Un grupo de jóvenes reclutas miraba las acrobacias aéreas de los cazas turcos y me pidieron una foto de recuerdo, sacándome de mis absortos pensamientos. Eran de la Comandancia Central de Nicosia Norte. “¡Hazle una foto también al teniente!”. Entre las risas adolescentes de aquellos soldados púberes vestidos con el traje de gala y desentendidos de sus preocupaciones, me olvidé de todo.

El 8 de septiembre de 2008 sólo quedaba un par de tanques al pie del monasterio de Jvari, uno de los más antiguos de Georgia, y la única vida humana que latía era la del párroco, un vendedor de flores y unos pocos visitantes. Los tanques ya no tenían ninguna atracción para mí.

El huevo de cristal

Desde Mtsjeta, continuamos hacia el este, siempre a la vera del Mtkvari, durante un par de kilómetros más. A un lado de la carretera

descendía un pequeño cortado, abierto por regatos de montaña que desembocaban en uno de los meandros del río, cubierto por un tupido bosquecillo. Una vez dentro, vimos que se trataba de un restaurante con los cenadores desperdigados en los más bellos rincones, puentes de madera y pequeños caminitos.

–El oeste de Georgia, de donde yo vengo, es todo así –recordó Misha con gesto de nostalgia e invitándome a visitar su hogar–. Hacia el este todo es más seco.

Ante nosotros teníamos el delicioso *jachapuri* –una especie de pan de pizza con queso–, ensaladas con mucho perejil, otra vez el rico cerdo ensartado, cazuela de champiñones y patatas al ajillo. Una jarra de agradable vino blanco, gaseosas aromatizadas de limón y uva y un bello atardecer sobre el río, a nuestra derecha.

Beber en Georgia no es fácil, es más, resulta incluso cansado hasta que uno se acostumbra. Afortunadamente estábamos entre amigos que perdonaban nuestros deslices.

Misha comenzó con un largo y sentido brindis en honor a nuestra amistad, a nuestra visita a Georgia y a nuestra acertada decisión de quedarnos por un día en Tbilisi. Bebimos. Lo normal es vaciar el vaso de vino de un trago (no se brinda con cerveza, es un insulto), pero como Martin debía retransmitir un programa algo más tarde, se nos permitió la licencia de beber a sorbos. El siguiente brindis fue, también precedido por un extenso y emotivo discurso, a favor de la paz en Georgia:

–Porque, si no hay paz, no podremos disfrutar de momentos como éste –dijo Misha con voz sincera. Alzamos los vasos y bebimos.

Al maestro de ceremonias, que oficia los brindis, se le da en georgiano el nombre de *tamada*, papel que, como anfitrión, correspondía a Misha, y cada uno de los participantes, incluido el escanciador del alcohol, tiene su propia denominación. Bebí un sorbo de mi vaso sin haber soltado palabra y Misha me llamó la atención. Así que decidí emprenderla con los brindis hasta que Misha,

riendo, delegó en mí el título de *tamada*. Brindé una vez más por continuar nuestra amistad más allá de las distancias, por que él y sus amigos nos visitasen en España y por la fenomenal gastronomía georgiana.

–Nunca habíamos oído brindar por la comida –se extrañó Salomé. En realidad los temas por los que se brinda en Georgia están bien definidos: la familia, los amigos, la patria, la paz, pero no la comida–. Pero... bueno, puede servir.

Y nos echamos al colete lo que quedaba del blanco georgiano. En los altavoces del restaurante, escondidos entre la maleza, comenzó a resonar una melodía suave y romántica.

–Es la canción favorita de nuestro presidente –me informó el dentista.

–¿Qué dice?

–Algo sobre el amor, la patria.

Tras la cena, volvimos a la ciudad, ya anochecida, y entonces Tbilisi presentaba su mejor cara en las calles del centro, con aire a París, a Barcelona o a Budapest. La Avenida Rustaveli, que durante el año anterior habían sido la sede de grandes protestas contra el gobierno de Mijeil Saakashvili, ahora lucía callada y sólo algunas personas paseaban en la noche o se sentaban en los bancos a comer pipas, pues ésa es una de las virtudes de la guerra: silenciar a los oponentes. Los variados edificios de la avenida estaban bien iluminados; el parlamento con sus colosales arcadas, el Museo Nacional, la Ópera y cientos de palacios del siglo XIX, algunos de los cuales esperaban, ocultos tras andamios, que un inversor occidental los desarrollase como un regalo de cumpleaños. Cada día, cientos de camiones recorren la carretera de Georgia hacia el oeste, llevando y trayendo economía, mercados, desarrollo, cifras de crecimiento.

Calmado el conflicto con Rusia, el gobierno de Saakashvili ha vuelto a centrarse en sus mensajes a favor del desarrollo, el neoliberalismo y la “integración con Occidente”.

–Creo que está gobernando bien y que nos lleva hacia Europa –opinó Misha. En las elecciones presidenciales, anticipadas al enero anterior, los georgianos habían otorgado a Saakashvili un nuevo mandato con el 53 por ciento de los votos, un marcado descenso respecto al casi increíble 96 por ciento conseguido cuatro años antes. Si había sufrido una caída de apoyos era por causa de las deserciones de sus antiguos compañeros de la Revolución de las Rosas, que le acusan de ser cada día más autoritario.

–No satisface a todos –continuó mi amigo–, a los tradicionalistas porque creen que si nos acercamos más a Europa perderemos nuestra esencia, algo que comparto en cierto modo. Tampoco le gusta a los que añoran los tiempos de la URSS. Por ejemplo, mis abuelos siempre recuerdan que en la época soviética todo era más barato, había paz y Georgia tenía un lugar importante dentro de la Unión Soviética. No sólo Stalin o Beria eran georgianos, también había muchos académicos georgianos que vivían en Moscú y las mujeres rusas los preferían sobre los rusos, porque nosotros somos mucho más masculinos. Los rusos... son diferentes de nosotros. No me gustan.

Cuando las brumas del conflicto comenzaron a despejarse, los diferentes partidos georgianos de la oposición –de los que sólo cuatro tienen escaños, aunque pocos– comenzaron a exigir responsabilidades a Saakashvili por haber librado una guerra y perdido definitivamente el control de las dos regiones separatistas. También exigieron la creación de una comisión parlamentaria que investigase cómo había surgido *realmente* la guerra. Pero es un hecho que en ese país caucásico los partidos son más el fruto de los intereses personales u opiniones de un líder político que de un espectro social. Como bien decía un diputado gubernamental: “En Georgia, el que se pasa a la oposición es porque se ha sentido ofendido o insultado”.

Quienes también deberían haber pedido cuentas a Tbilisi eran los europeos. Meses antes de que los países miembros de la Alianza

Atlántica aprobasen en su Cumbre de Bucarest en abril de 2008 que Georgia era un país candidato a ser miembro de la OTAN, el gobierno georgiano ya había convocado un plebiscito sobre el tema que se celebró junto a las elecciones presidenciales. El 77 por ciento de los georgianos dieron el sí a la OTAN, a pesar de que el resto de miembros de la Alianza no habían dado aún su aprobación.

Sin embargo algunos países como Francia, Alemania o Turquía se oponen a que Georgia forme parte de la alianza militar creada durante la Guerra Fría para contrarrestar el poder soviético, precisamente porque temen que, de esta forma, Rusia se sienta amenazada y las relaciones diplomáticas corran peligro. Y con las relaciones, corra también peligro la energía suministrada por Rusia, de la que dependen los países de la Unión Europea. En realidad, es difícil que llegue la sangre al río, ya que la UE necesita a Rusia como proveedor y Rusia a la UE como comprador, y ningún vendedor es tan estúpido como para actuar contra sus mejores clientes.

Aún así, Bruselas ha buscado durante los últimos años la diversificación tanto de las energías como de los suministros y en este último apartado convenía reducir la dependencia de la energía rusa. Ahí jugaban un papel indispensable Turquía, como puerta alternativa del transporte energético a Europa; Georgia, como una de las bases del oleoducto BTC y el gasoducto BTE, y Azerbaiyán, que posee grandes reservas de petróleo y gas en el Mar Caspio.

Uno de esos grandes proyectos paneuropeos es el gasoducto Nabucco: una gran tubería energética que comunicaría Austria y Turquía pasando por varios países del sudeste europeo. El nudo inicial del gasoducto sería Erzurum, adonde llega el gasoducto Bakú-Tbilisi-Erzurum (BTE), que sería una de las fuentes de alimentación del Nabucco.

Durante la guerra entre Rusia y Georgia, el presidente de turno de la Unión Europea, Nicolas Sarkozy presentó un plan de paz a las partes que sorprendió a muchos porque no tomaba partido por

Georgia, como habían venido haciendo los Estados Unidos y los medios de comunicación de la mayoría de los países europeos. La razón más probable es que Bruselas se sintió traicionada por la sorprendente maniobra de Tbilisi al atacar Osetia del Sur. Cuando se desplegaron los observadores de la UE, el enviado especial de Bruselas en el Cáucaso, Peter Semneby dijo: “Esto es una garantía contra futuras aventuras de cualquier signo”.

¿Por qué reaccionó así la UE? Muy probablemente la guerra ruso-georgiana puso la puntilla mortal al gasoducto Nabucco. Con la inestabilidad georgiana, parecía muy difícil que la salida del gas del Mar caspio tomase la ruta hacia Europa a través de Georgia.

Unos días después, tras mi vuelta a Estambul, pregunté su opinión a un analista energético.

–¿Qué crees que sucederá con el Nabucco?

Comenzó con un suspiro.

–Nabucco es *El Proyecto*, la propuesta definitiva para diversificar la energía europea. Pero no va a ir a ninguna parte porque, al contrario de lo que hace Rusia, que instala oleoductos políticos, con sus objetivos geoestratégicos, la Unión Europea ha dejado el futuro de Nabucco a la iniciativa comercial y así no hay manera de que funcione.

También le pregunté al enviado europeo Semneby si la UE pensaba en otros proyectos, otros trazados para sacar la energía del Mar Caspio a través del Cáucaso que pasasen por Georgia:

–¿Por qué no? –dijo este hombre de mirada perspicaz y cuello gallináceo, en un comentario con la suficiente ambigüedad de un diplomático europeo—. Este tipo de crisis demuestran que es necesario trabajar la seguridad energética y conseguir diversificar las rutas y los proveedores.

Por eso, lo que en realidad habían perdido Georgia y su gobierno había sido la confianza internacional que se había labrado durante la era de Bill Clinton; había perdido, especialmente, la confianza de la

UE, que una vez pensó en Georgia, junto a Turquía, como el nudo energético necesario para romper su dependencia de la energía rusa.

A pesar de las proclamas, Georgia continúa siendo un país inestable, rural y pobre. Fuera de Tbilisi, la gente camina con sus herramientas hacia los campos de labor, los soldados de frontera aguardan en condiciones deplorables en desastradas garitas, los habitantes de la capital prosiguen su trabajo entre lo que fueron bellos edificios que necesitan una urgente reconstrucción. Sobre todos ellos se alza un inmenso huevo de cristal ultramoderno: es la cúpula de la residencia presidencial de Saakashvili.

Martes, 9 de septiembre

Volver

Hay una bella expresión turca con la que se desea buena suerte a los que se van: *Yolunuz açik olsun!* (¡Que no encontréis obstáculos en vuestro camino!).

Los viajes nunca acaban del todo y menos cuando aún queda el último trayecto hasta casa. Puede ser el más difícil, como le ocurría al Ulises de la Odisea.

El resto de los periodistas que se habían desplazado a Ereván ya estaban cómodamente sentados en sus casas y, para ellos, nuestra aventura –que era exclusivamente la del viaje de ida– había concluido. Habíamos terminado el trabajo para nuestros jefes de Madrid o Copenhague y lo único que esperaban de nosotros era que, al día siguiente, asomásemos la cabeza por nuestras respectivas oficinas y transmitiésemos desde Estambul. De algún modo, aunque en mucha menor medida, recordaba a la reflexión del espía estadounidense Robert Bauer, en su ya citado libro, cuando regresa a Washington tras la ajetreada carrera internacional: “Mientras luchábamos contra Troya en el extranjero, en casa la gente bebía e iba de putas. Les importaba un comino lo que hubiéramos pasado los que estábamos en el frente y menos aún les importaba lo que tuviéramos que decir ahora”.

A primera hora de la mañana la estación de autobuses oeste de Tbilisi estaba tranquila. No había golfos ni timadores, o tenían demasiado sueño para ejercer sus artes. Encontramos al chaval que el día anterior nos había reservado unos asientos en el autobús a Kars y pagamos a su jefa los 40 dólares por billete del trayecto.

Antes de subir al autobús nos enteramos por el conductor, un hombre que quizás era turco aunque hablaba con un acento bastante extraño, que la línea no llegaba hasta Kars, sino que nos dejarían en Ardahan y de ahí habríamos de tomar un minibús hasta nuestro destino.

–No os preocupéis, que el minibús lo pago yo –nos tranquilizó el chofer, aunque inmediatamente nos avisó de que las posibilidades de llegar a tiempo al aeropuerto de Kars para alcanzar el avión de las 14:45 a Estambul eran mínimas. Esa tarde no había más vuelos desde Kars, pero decidimos intentarlo ya que contábamos con una hora de ventaja sobre el horario turco.

Una amplia autovía circunvala la ciudad de Tbilisi haciendo el tráfico por el exterior del casco urbano bastante sosegado –al contrario que en el interior de la ciudad, que sufre de los mismos males de Estambul–, pero en cuanto alcanzamos Gori, la ciudad georgiana más castigada por el conflicto contra Rusia si exceptuamos la capital surosetia, Tsjinvali, el camino se convirtió en una vía con sólo un carril en cada dirección, no más ancha que una carretera provincial española.

La carretera, resguardada por árboles bajos de vereda, transcurría al principio por una llanura amena de praderas verdesas y leves colinas, con estaciones de servicio pobres, quemadas o destrozadas. Luego el valle se hizo más estrecho y húmedo; comenzamos a bordear el tramo del río Mtkvari que procede de las cordilleras del noreste de Turquía. Las laderas de las montañas eran boscosas, el cromatismo de los verdes se extendía hasta el infinito, apoyado por un cielo que se asomaba entre las nubes cada vez con mayor regularidad.

A mediodía, una hora menos en Turquía, llegamos a Ajaltsije, a unos 30 kilómetros de la frontera turca, lo que nos dio ánimos para seguir creyendo en nuestras posibilidades de llegar a tiempo al vuelo. Me compadecí de Marta y Robert, que habían decidido pasar en ese pueblo la noche anterior, en espera de que abriesen la frontera por la mañana. A esas horas –lo sabría después–, aunque ya se hallaban en territorio turco, aún no habían logrado arribar al aeropuerto de Kars.

A pesar de su presencia en antiguos documentos medievales, de las ruinas de un castillo y una mezquita de la época otomana, Ajaltsije apenas parece poseer ya algún edificio bien construido, sólo los de aquellas instituciones de la época soviética que permanecen en pie desde el pasado siglo, como el que tiene aspecto de club cultural, el consejo comunal y las estaciones de ferrocarril y de autobuses. La plaza del pueblo era un enjambre de vendedores de sandías y familias que despedían a sus allegados rumbo a Turquía, subiendo al autobús, entregándoles paquetes de chorizos y los últimos bultos.

–Hermano, ¿está ahí el baño? –pregunté a un turco que surgía desde detrás de la estación de autobuses.

–Sí, hermano. Pero está sucísimo –respondió.

Aquello parecía que no lo habían limpiado desde hacía años. Todo estaba negro y me costó encontrar el agujero del retrete. Deposité 10 céntimos de lari en la gruesa mano del anciano ciego que vigilaba los servicios en una banqueta y me largué lo más rápido que pude.

Ahora el problema no era el tiempo, era que la carretera hasta el paso fronterizo de *Türkgozü* es una pista de tierra. ¡Lo habíamos olvidado! Fueron casi 45 minutos y, luego, la larga espera en la frontera.

Mientras el mafioso conductor del autobús pedía dólares a las familias georgianas para gestionarles el visado y nosotros guardábamos fila para el registro de equipaje, desistimos de llegar a Kars y llamamos a las aerolíneas turcas para cambiar el billete de avión. Afortunadamente, un vuelo salía a las 20:45 desde Erzurum,

unos 300 kilómetros al suroeste de Ardahan y por donde pasaba la ruta del autobús.

–Perfecto, me dais 20 dólares más cada uno y tenéis un sitio asegurado en el autobús– dijo el chófer turco.

–¡Con tranquilidad! –intervine–. Espere que llegemos a Ardahan.

Al fin cruzamos la frontera, allá al fondo se veía Posof con su blanquísimo ayuntamiento y la estatua dorada de Mustafa Kemal Atatürk, el fundador de Turquía, y una de sus máximas más horriblemente nacionalistas: “¡Qué feliz aquel que dice soy turco!”.

Bueno, en esa ocasión al menos, fue feliz volver a Turquía después de las desastrosas calles de Georgia. Todo, hasta los árboles desparramados por las montañas, me parecía más ordenados que en el país que dejábamos atrás.

Pero pronto, este leve estallido de nacionalismo turco descendió a sus límites normales: el conductor comenzaba a sacarme de quicio parando en cada pueblo a saludar a sus compadres.

Al llegar a Ardahan, Martin dejó el autobús para consultar el precio de otras compañías y yo para buscar alguna tienda de ultramarinos donde comprar algo que comer porque hacía siete horas que no probábamos bocado, forzados a ayunar en pleno Ramadán (en nuestros bolsillos no quedaban ni laris georgianos ni dólares americanos y en Georgia era difícil comprar con liras turcas). Daniel desfallecía por la dureza de la sinuosa carretera.

Conseguimos otro medio de transporte que nos cobraba 20 liras turcas por el viaje a Erzurum y comenzamos a sacar los bultos del autobús hasta que nos detuvo el conductor.

–Un momento, ¿adónde vais? –inquirió mosqueado el conductor del autobús.

–En la otra compañía nos cobran menos, así que nos cambiamos.

–Pero eso no se hace, me había comprometido a llevaros

–Allá nos cobran 20 liras –le señalamos el autobús del fondo de

la explanada.

–Bueno, bueno, bueno... pues os lo dejo en 20 liras.

–No, no, no –le repliqué enfadado–. El viaje de Tbilisi hasta Ardahan eran 30 dólares. Pagamos 40 hasta Kars y sólo hemos llegado hasta aquí. No vamos a pagar más de 10 liras por cabeza –y agarré mi mochila ante el gesto contrariado del chofer, que veía a un extranjero argüirle con todas las letras de su propio alfabeto.

–Mmmhh –gruñó–. Está bien. Montaos en mi autobús. Serán sólo 10 liras.

El chófer ganaba una comisión por cliente y Ardahan era su última parada antes del cambio de conductor, por eso tenía que aceptar nuestras condiciones si quería ganarse unas liras de más. Entró resignado en la oficina de su empresa.

Lo que debería haber sido la recta final definitiva del viaje, se convirtió, una vez más, en un tortuoso camino entre las montañas Allahüekber, cuyo nombre es el rezo musulmán “Dios es el más grande”. A mitad de la sierra, el camino estaba cortado y la carretera ocupada por soldados de la Gendarmería. Martín y yo aguantamos la respiración y rezamos por que no se tratase de una operación militar contra el grupo terrorista PKK. No es habitual que los separatistas kurdos lleguen hasta estas latitudes, pero durante los meses anteriores se había oído de acciones armadas incluso en la provincia de Kars.

–Una explosión en la montaña –me dijo uno de los pasajeros del autobús que, como casi todos, salió a fumarse un cigarrillo a pesar del Ramadán: además de comer, queda supuestamente prohibido durante este sagrado mes fumar y beber cualquier cosa (ambos verbos se dicen igual en turco, *içmek*).

–¿Cómo que una explosión? ¿Una mina?

Luego me lo explicó detenidamente y respiré aliviado. Estaban ensanchando la carretera y los trabajadores habían dinamitado parte de una montaña. Había que esperar media hora mientras la excavadora retiraba los cascotes. Como suele ser habitual para pasar

el tiempo en este país, unas cuantas personas se pusieron a discutir.

Un recluta adolescente con boina azul acusó a nuestro conductor de haberse saltado una fila de cinco camiones que esperaban desde mucho tiempo antes que nosotros. El chófer le intentó sacar los colores y el imberbe soldado, humillado, fue a llamar a su mando superior.

Llegó el oficial, que no llegaría a los 25 años, marcando el paso con sus grandes botas negras. Enseguida se formó un corrillo de soldados y pasajeros de autobús, con el militar y el cochero en medio. Yo mismo me encontraba en primera fila, procurando pescar las frases de la discusión.

–A ver, ¿qué ha *pasao*? –inquirió el oficial.

–Éste que... –intentaba explicar el conductor acalorado– ¡que no sé que se ha creído! ¡Yo también he sido gendarme! –el de la boina azul le miraba con ojos amenazadores.

Los demás pasajeros intervinieron conciliadores.

–Señor comandante –le dijeron aumentando su rango militar, como es habitual en Turquía para ganarse la confianza de cualquier uniformado–, todos aquí hemos hecho la *mili*. Pero no se puede uno comportar como el joven.

–Vamos a *calmarno*’ –prosiguió el mando militar–. Seguro que *ustés* también tienen hijos en el servicio militar. Este muchacho podría ser su hijo. Aquí estamos *pa* ayudar, pero *ustés* también tienen que dejarse ayudar. Esperen tranquilos que en un rato el camino quedará libre.

El joven recluta se retiró, aún cabreado, junto a un amigo que intentaba calmarlo. Al cabo de diez minutos proseguimos nuestro camino.

Mi hermano y yo nos sentábamos en la parte trasera del autobús, junto a los inmigrantes georgianos. El olor a sudor humano se mezclaba con el del chorizo y el polvo que penetraba a través de los ventiladores cuando el autobús atravesaba tramos en obras. El

camarero del autobús husmeaba con gesto hosco y les decía en turco: “No coman demasiado”. Pero los georgianos, que no entendían ni papa de ese idioma, seguían a lo suyo, con su particular festín para pasar el rato. Uno de ellos leía un folleto con la bandera turca y la georgiana en la portada, recomendaciones para los recién llegados al país.

La terrosa cordillera, de un marrón pardo por el día, tomaba los más bellos colores, morados, violetas, a medida que el sol se agazapaba tras el horizonte. Poco antes de las siete, el conductor avisó de que había llegado la hora de la ruptura del ayuno. Algunos viajeros se levantaron del asiento a por agua de la nevera. Ofrecimos pasas de albaricoque al matrimonio de la fila de asientos al lado nuestro y galletas a su hija, pues habían permanecido todo el viaje sin alimento, pero declinaron educadamente nuestra oferta.

–Muchísimas gracias –dijo el padre llevándose la mano derecha al corazón–. En breve llegaremos a Erzurum y allá tomaremos un buen *iftar* (la comida con la que se finaliza el ayuno).

Cuando llegamos a la estación de servicio donde paraba el autobús, a las afueras de Erzurum, apenas quedaba un cuarto de hora para que expirase el plazo límite del que disponíamos para cambiar los billetes, las 20:00. A esa hora, prácticamente todo el mundo comía a dos carrillos para recuperarse del ayuno y nadie hacía caso a nuestros ruegos. Nos costó trabajo convencer a un taxista de que nos llevase al aeropuerto pero, finalmente, se levantó un conductor que aún masticaba los últimos bocados de su *iftar*. Por fortuna, allá tampoco regía un horario suizo y no tuvimos mayores problemas para alcanzar el vuelo que, otra vez con escala en la capital turca, nos devolvió a Estambul.

Las luces de Estambul pasaban otra vez ante las ventanillas del taxi que habíamos tomado en el aeropuerto. La circunvalación de la costa, los cargueros amarrados frente a Yenikapi, la Punta del Serrallo, recorridos ahora en sentido inverso al que habíamos tomado

a las cinco de la mañana del viernes anterior. Nos alejábamos del aeropuerto, de Kars, de los minibuses atestados, de Ardahan, de Posof, de Rohimi, de los Lada, de Misha, de Tbilisi, de los *jinkali*, de las fronteras, de los oleoductos, del estadio Hrazdan, de Armenia. Del Cáucaso. Estábamos otra vez en casa.

Estambul, 15 de abril de 2009

Bibliografía

BAER, Robert: *Soldado de la CIA*. Ed. Crítica. Barcelona, 2002

BAGHDASARYAN, Laura y YUNUSOV, Arif: *Armenia and Azerbaijan on the crossroad of "Neither peace nor war"*. Research Center Region of Investigative Journalists. Ereván, 2005.

DINK, Hrant: *Iki yakin halk, iki uzaz komsu*. Uluslararası Hrant Dink Vakfı Yayınları. Estambul, 2008

INTERNATIONAL CRISIS GROUP: *Turkey and Armenia: Opening minds, opening borders*. Europe Report N° 199. ICC. Estambul-Ereván-Bakú-Bruselas, 2009

KAPUSCINSKI, Ryszard: "La trappola" en *Imperium*. p. 195-213. Ed. Feltrinelli. Milán, 2003

SIECA-KOZLOWSKI, Elisabeth y TOUMARKINE, Alexandre: *Géopolitique de la mer Noire. Turquie et pays de l'ex-URSS*. Ed. Karthala. París, 2000